

escucharle habia yo tenido, y con tal objeto invité á algunos de ellos que así manejaban la pluma como la espada, para que bajo el lienzo de una tienda renováramos el recuerdo de las tertulias literarias de la sociedad protectora de las Bellas Artes ó de la casa de Cruzada-Villaamil.

En efecto, sentados todos en el suelo á la morisca usanza y saboreando el cocimiento de café que en groseras tazas de barro nos servian los asistentes, no con *reading biscuits*, sino con empedernida galleta de Argel, leí la historia de Edriss y Tatima no sin cierta ostentación y vanagloria, fundada en la creencia de ser yo el primero que la daba á conocer en Europa; mas hubo de quedar un tanto cariacontecido, cuando al dirigir una mirada circular á mis oyentes como quien aguarda los plácemes y norabuenas que en casos tales se acostumbra, me preguntó uno de ellos si estaba bien seguro que aquella era traducción del árabe y no del francés, puesto que él habia leído ya ese mismo cuento con todos sus pelos y señales en un libro que con el título de *Manuscrit contemporain* acababa de dar á luz en París M. Cotte. Apesadumbrado yo de ver que otro me habia ya tomado la delantera en la denuncia y explotación de aquella presunta mina, no quise abandonarla sin decir á mi interlocutor: — ¿Pero pretende acaso M. Cotte ser el inventor de esa leyenda? — No, sino haberla oído no sé si en Rabat ó Mogador donde era cónsul de Francia, á uno de los rapsodes marroquíes que con tales cuentos amenizan las escasas reuniones que por esta tierra se conocen. — Pues bien, repliqué yo, así como lo oyó ese señor en Mogador he podido yo oírlo en Tetuan, y esto no probará mas sino que *El Ghazali* es un poeta popular en este imperio. — Así será: pero verá Vd. como todos creen lo que al principio dije, y es que la traducción se ha hecho del francés y no del arabigo.

Entonces me dirigí á nuestro presidente de edad pidiéndole su parecer, por si venia en mi auxilio. Era este señor el verdadero tipo de un jefe veterano, en los azares de largas campañas habia adquirido su ánimo un temple inalterable que le hacia soportar sonriendo todas las privaciones del campamento, siéndole indiferente estar allá ó en la China; ninguno sabia referir como él, pues habiendo servido en su mocedad en los guardias suizos, conservaba las tradiciones galantes de las tropas de Casa Real y era su memoria un almacén de anécdotas, que sabia contar, con cierto tono misterioso que les daba todo el interés de una confidencia. Al oír mi interpelación, se peinó el blanco bigote, y estirando los pliegues de sus grandes botas habló de esta manera: « Señores, puesto que lo que aquí se debate es el origen ó prosapia de esa leyenda que acabamos de oír, podrá ser que tengan razón así los que le hacen europea como los que la quieren africana, siendo mestiza de uno y otro, esto es, mozárabe. Respecto de la primera parte de esa peregrina historia, donde se refiere la maravillosa virtud de doña Tatima, así como la de ese bendito sultán que ahí se nos presenta, y el poco apetitoso banquete-emblema con que aquella quiso obsequiar á este, téngolos desde luego por árabes tan de pura raza como para mi caballo quisiera, pues verdaderamente que no tienen nada de europeas las costumbres que ahí se pintan; pero en punto á la segunda parte ó sea esa especie de juicio de Salomón, desde ahora la declaro europea, pese á todo su sabor patriarcal. Si Vds. que tantos libros nuevos leen, se tomarán la molestia de hojear algunos que no por ser viejos dejan de ser buenos, sabrían que el señor de Brantome, gentil hombre de S. M. el rey de Francia Carlos IX, refirió hace tres siglos la misma anécdota como oída en Milan; solo que allí el sultán es nuestro paisano el marqués de Pescara, virey de Sicilia, la sortija un guante suyo que hubo de encontrarse entre las sábanas de alguna cama, y el desenlace de todo el enredo se verifica por tres cuartetas italianas que recuerdo perfectamente y son así:

La mujer abandonada se queja diciendo:

Vigna era, vigna son,
Era podata, or piú non son,
E non sú par qual cagion
Non mi poda il mio patron.

A lo que respondió el marido receloso:

Vigna eri, vigna sei,
Eri podata, or piú non sei,
Per la graffia del leon
Non ti poda il tuo patron.

Y el virey contestó á ambas y tranquilizo á todos con la siguiente:

A la vigna che voy dite
Io fui, equi retai
Alzai il pampano, guardai la vite
Ma (si Dio ni ajuti) non toccai.

Al concluir de recitar estos versos, hirió nuestros oídos el melancólico sonido de un prolongado punto de atención que repetían clarines y cornetas por los ambitos extensos del campamento. Era el toque de silencio que nos mandaba apagar los fuegos, matar las luces y callar.

NICASIO LANDA.

Una expedición de verano á Suiza.

Si hay algun viaje delicioso, cómodo y económico en el mundo, es el que en algunas semanas puede hacerse recorriendo la patria de Guillermo Tell, mas bella que la Escocia y á donde no es preciso ir por mar; mas animada en el estío que Londres, París y Viena; mas elegante, porque allí se dan citas las mujeres mas lindas y bellas de Europa, y mas confortable por sus facilidades de todo género que los mas adelantados países de Europa.

Nosotros tenemos en nuestras bellas y pintorescas provincias Vascongadas algo que se parece á la Saboya y la Suiza; pero como hemos dicho en otra ocasión, les faltan los grandes lagos navegables, las cascadas espumosas de los Alpes, sus torrentes, y esos rios que naciendo allí recorren luego, como el Pó, el Danubio, el Rin y el Ródano, toda la Europa. Sin embargo, Vizcaya, Alava, y sobre todo Guipúzcoa, tienen los mismos montes y valles de la Suiza, los pueblos pintorescos de sus montañas, sus poéticas tradiciones y sus antiguas glorias, y una población esparcida por las casas de campo, que son los *chalets* de la España del Norte.

Dentro de poco, cuando la locomotora atraviese todos aquellos collados y salve las alturas de Vergara, los baños de Elorrio, de Arechavaleta, Santa Agueda y Cestona, dándose la mano con los vapores en San Sebastian y Bilbao, y uniendo cerca de la isla de los Faisanes las líneas españolas con los ferro-carriles europeos, las provincias Vascongadas serán para nosotros lo que es la Suiza para la Europa y lo que ha sido la Saboya para la Italia. Con la diferencia que nosotros no las cedemos jamás á ninguna nacion extranjera, ni en Tolosa ú Oñate habrá otras votaciones que las de sus juntas forales en favor de la patria comun. Para ese día, las fondas bastante regulares de Vitoria, Vergara, San Sebastian, Bilbao, Tolosa y otros puntos, se convertirán en lindos hoteles edificadas en la falda de los montes, a la margen de los rios, en los valles y en las aguas sulfurosas, y el viaje por los pueblos vascongados será un paseo tan delicioso como el que los viajeros dan hoy por la incomparable Suiza.

Por este año queremos visitar con el pensamiento la patria de Guillermo Tell: el silbato de la locomotora nos llama ya para ir desde Lyon á Ginebra. Desde Madrid hemos podido hacer el viaje á la primera de estas ciudades, ya sea por Irun, Bayona, Burdeos y Tolosa ú Orleans, ya por Valencia ó Alicante á Marsella, ya por Zaragoza, Barcelona, Gerona, Perpiñan, Narvona y Cete. El gasto del viaje hasta Lyon por todas estas vias habra variado, siempre en primera clase, de 800 á 1,000 rs., comprendido un equipaje regular. En segunda clase puede calcularse una tercera parte menos. Por Irun podemos hacer el viaje á Lyon en tres dias; por Alicante y Valencia á Marsella en dos dias y medio, pues siempre hay trenes de Marsella á Lyon, y por Zaragoza y Perpiñan en tres dias, deteniéndose en las capitales de Aragon y Cataluña algunas horas, que bien lo merecen estos grandes centros de nuestra España.

Una vez en Lyon, hay cuatro trenes diarios para ir á Ginebra, y el viaje cuesta en primera clase siempre unos 70 rs. Se atraviesa una parte de la Saboya y se ven deliciosos paisajes. En Ginebra, la población mas rica é industrial de la Suiza, hay multitud de excelentes fondas. La mejor es el hotel de la Corona, desde cuyos miradores se ven las cimas del Monte Blanco, el mas alto de Europa. Se puede vivir perfectamente en sus bellas habitaciones por tres duros diarios, teniendo excelente mesa, baño y gabinete de lectura, donde se encuentra toda la prensa europea. Ginebra cuenta entre sus curiosidades la catedral protestante, donde está el púlpito ocupado por Calvino, sus bellísimos puentes sobre el Ródano, la isla que habitó Juan Jacobo Rousseau, y los museos, que son muy bellos por las curiosidades que en ellos se encuentran, y sobre todo su lago encantador.

Pero en la Suiza el gran espectáculo es el de los campos, valles, lagos, torrentes y montes, y raras veces el viajero se detiene mas de dos dias aun en sus principales ciudades. Ginebra está situada de un modo admirable para hacer deliciosas excursiones por toda aquella parte de los Alpes. Si quereis seguir el lago Lemán, los vapores os llevan por veinte y treinta reales de un lado á Lausana, á Nyon del otro, a Vevey y á Thonon. Por el ferro-carril vais al lago de Neuchâtel, á Iverdun, al lago de Brenne, á Soleura, Olten, Baden, hasta Zurich y Saint-Gall, y el atravesar toda la Suiza en wagnones de primera clase, coches de los que no hay idea por sus comodidades en España y Francia, ó en vapores que están en combinacion con los trenes, y á cuyo bordo encontrais todo lo que se puede pedir en un restaurant, os cuesta cuarenta francos y os ocupa doce horas, si no quereis ir deteniéndoos en los deliciosos sitios que toca la locomotora ó el bello buque de vapor.

Si huyendo de los medios que la civilizacion ha puesto al alcance del hombre preferis el viajar como hace un siglo se viajaba en Europa, tomad entonces á la derecha de Ginebra el camino de Chamunich ó de Martigni en buenas diligencias ó el ferro-carril hasta Sion, y en todos estos puntos á pie ó á caballo subireis á los mas elevados picos del Monte Blanco, á cuatro mil metros del mar, sobre las nieves eternas y dominando toda la Italia y toda la cordillera de los Apeninos y de los Alpes. Estas ascensiones del Monte Blanco tienen una fama europea y un encanto para el viajero á nada en el mundo comparable.

Si despues de visitar la Suiza quereis tomar sus aguas,

mil veces mejores que las de los Pirineos, los baños de San Gervais y los célebres de Lueche ofrecen admirables curaciones á los enfermos. En una y otra parte hay magníficos establecimientos de baños, donde el coste de habitación, mesa y aguas varia desde ocho á doce francos; y las expediciones campestres, los bailes y los conciertos alternan con las consultas del doctor y con las inmersiones en aquellas aguas saludables.

Despues del Chamunich y del Monte Blanco, nada hay tan delicioso en Suiza como Interlaken, el punto de reunion durante julio y agosto de lo mas distinguido de Europa. Vais desde Ginebra á Interlaken siempre por lagos ó ferro-carriles, pasando primero por Friburgo, cuya catedral gótica y cuyo órgano sin igual tienen una fama europea. Todas las tardes y mediante un franco asistis á un concierto sacro.

Desde Friburgo pasais á Berna, la capital de la Suiza, donde podeis visitar la catedral, las torres, los célebres osos de Berna, su reloj, tan curioso para los niños; el palacio federal, que es bonito; la plataforma, desde donde hay una vista deliciosa; su Museo natural, muy rico, y su Observatorio, uno de los mejores del mundo. El hotel de Belvedere sobre el rio que rodea á Berna, os ofrece por diez francos diarios bellísima morada.

Tomando billetes de ida y vuelta, que sirven para tres dias, y en los cuales hay una rebaja de la tercera parte del precio, salis por cuatro ó seis francos para Interlaken, una hora de camino de hierro y otra de vapor por el poético lago de Thun.

Nada hay mas lindo que este lago sino el de Brienz, separado de él por una lengua estrecha de tierra, y en medio de los cuales se colocó en los siglos medios la abadía consagrada á la Virgen de los Lagos. Interlaken son los boulevares de París, trasladados al centro de la Suiza, con todas sus tiendas, su animacion y vida, y coronados además por las montañas y los paisajes mas bellos del mundo. Quien no ha visitado el *Oberland*, la cascada de Giesbach, que se ilumina todas las noches, paseando por el lago de Thun y recorrido aquellos sitios encantados, no ha visto nada verdaderamente bello en el mundo.

Desde Interlaken, si teneis el tiempo tasado para vuestra visita de la Suiza, es preciso aprovecharlo yendo á Lucerna por el ferro-carril de Berna y Olten ó por las sendas montañosas del *Oberland*. El primero de estos viajes es tan solo asunto de unas seis horas y de quince francos: el segundo es mas pintoresco. Lucerna, donde os recomiendo el magnífico hotel *Schweizerhöf*, ó sea hotel del Ciervo, tiene su iglesia, abadía, sus puertas históricas de madera, cubiertas de pinturas alegóricas y sus recuerdos de la batalla de Sempach, que dió la libertad á la Suiza.

Pero el encanto de Lucerna es el lago de los Cuatro Cantones, donde veis desarrollarse desde vuestro buque toda la historia de Guillermo Tell y de la libertad de la Helvecia y el Riggi, la montaña mas pintoresca tal vez de la Suiza, y desde cuya cúspide, situado en los balcones de un magnífico hotel, presenciáis la aurora en un dia de agosto para no olvidar jamás aquel nacimiento del sol, con veinte lagos al pié donde se refleja el astro del dia.

Desde Lucerna y teniendo que renunciar faltos de tiempo á la visita de Basilea, ciudad que tiene un sello profundamente alemán, del lago de Constanza, que no es el mas bello de la Suiza, marchais por camino de hierro á Zurich, alojándoos en los hoteles Baur ó Bellevue, ambos sobre el hermosísimo lago de Zurich.

El arsenal, donde encontrais la flecha, el arco y la espada de Guillermo Tell, os ofrece mil curiosidades, y el monumento bellísimo elevado á Gesner os recuerda uno de los grandes bienhechores de la humanidad. Desde sus alturas, Zurich y su lago ofrecen una vista encantadora. Despues de visitarlos es preciso ir en hora y media y por ferro-carril tambien á Schaffause para ver desde el castillo encantado y desde el hotel Weber la incomparable *caída del Rin*, espectáculo que yo no intentaré describiros, y que visto en una noche de luna deja en vuestra alma una impresion eterna.

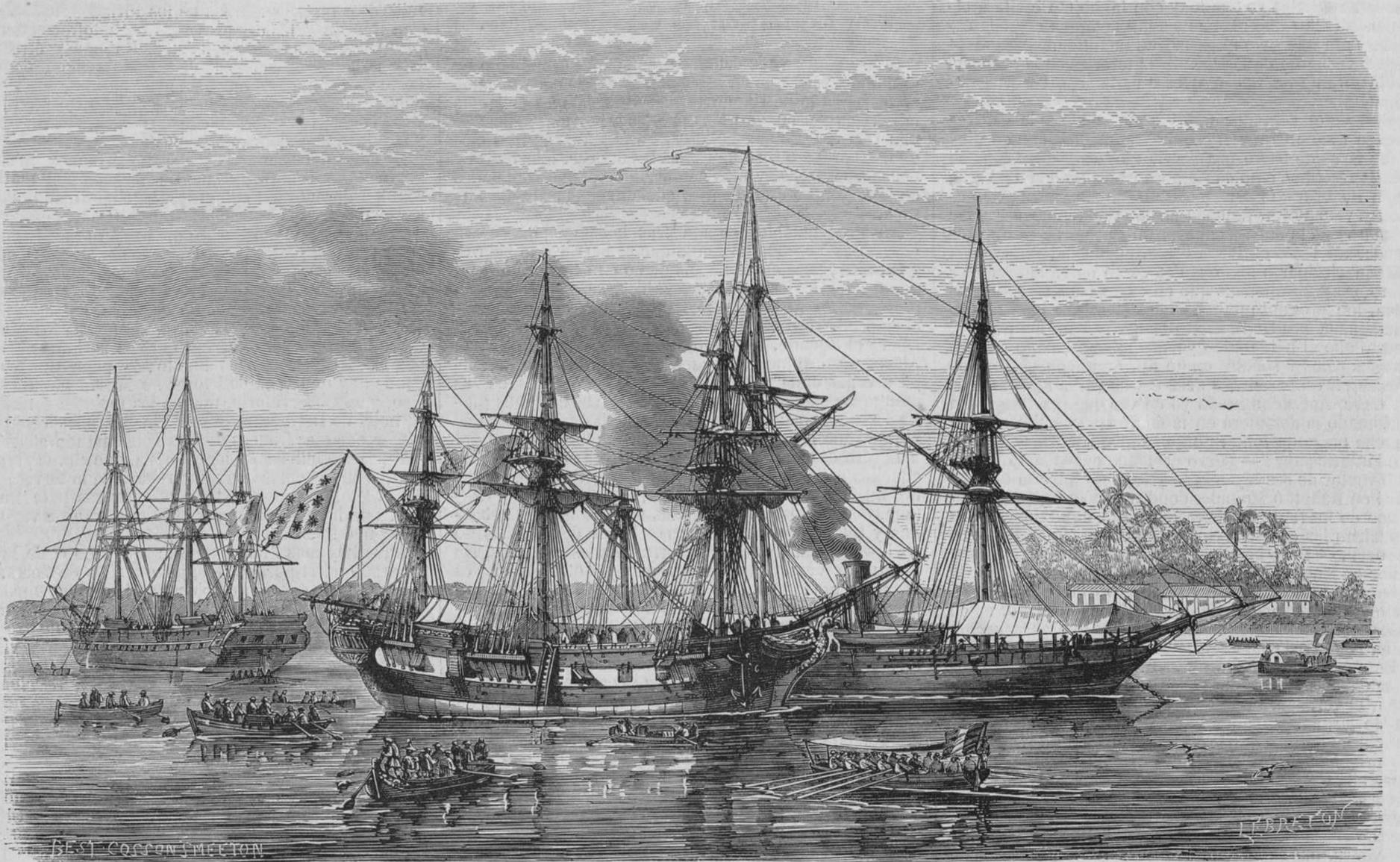
Visitados Chamunich, Interlaken, Thun, la caída del Rin, el Monte Blanco, el Riggi, Berna, Zurich, Lucerna, Ginebra; los lagos de los Cuatro Cantones, Zurich, Brienz y Lemán, podeis decir habeis visto todo lo mas bello de la Suiza y acaso de la Europa, habiendo gastado por término medio veinte francos por dia, incluso vuestros billetes de viaje y servidos como principes.

Ya en Zurich, si quereis seguir á Alemania, teneis el Rin por Colonia y Basilea; si quereis descender á Italia, el San Gotardo y el Splügen, con su puente del Diablo y la via Mala y con los deliciosos lagos Mayor y de Como en sus faldas, desde donde la locomotora os conduce á Milan; si por último, necesitais regresar á Francia y España, el ferro-carril que en doce horas os pone en Lyon ó en París, que solo en octubre y noviembre empieza á ser una residencia agradable para el mundo elegante.

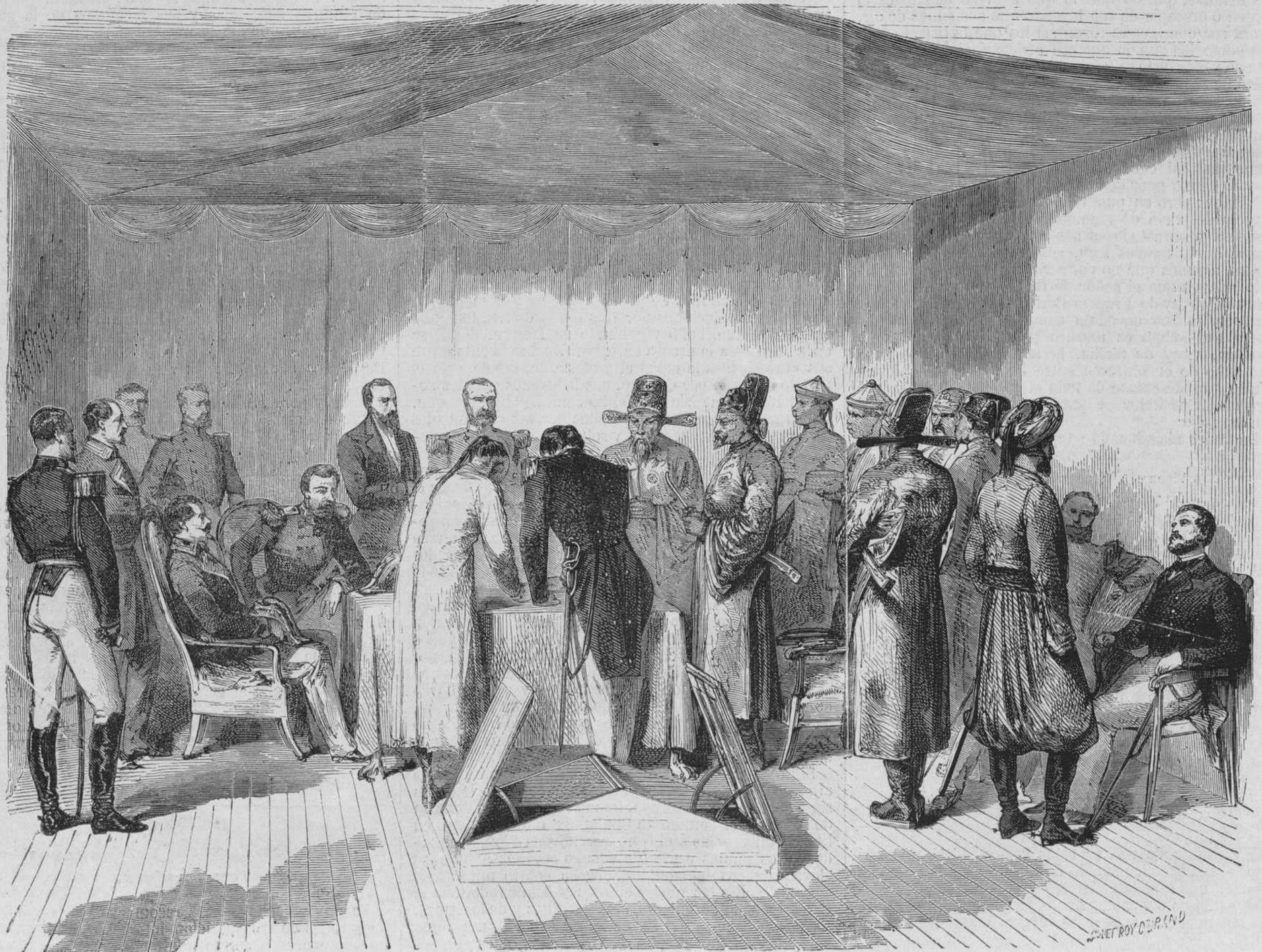
X.

Distribucion de premios á los expositores en Londres.

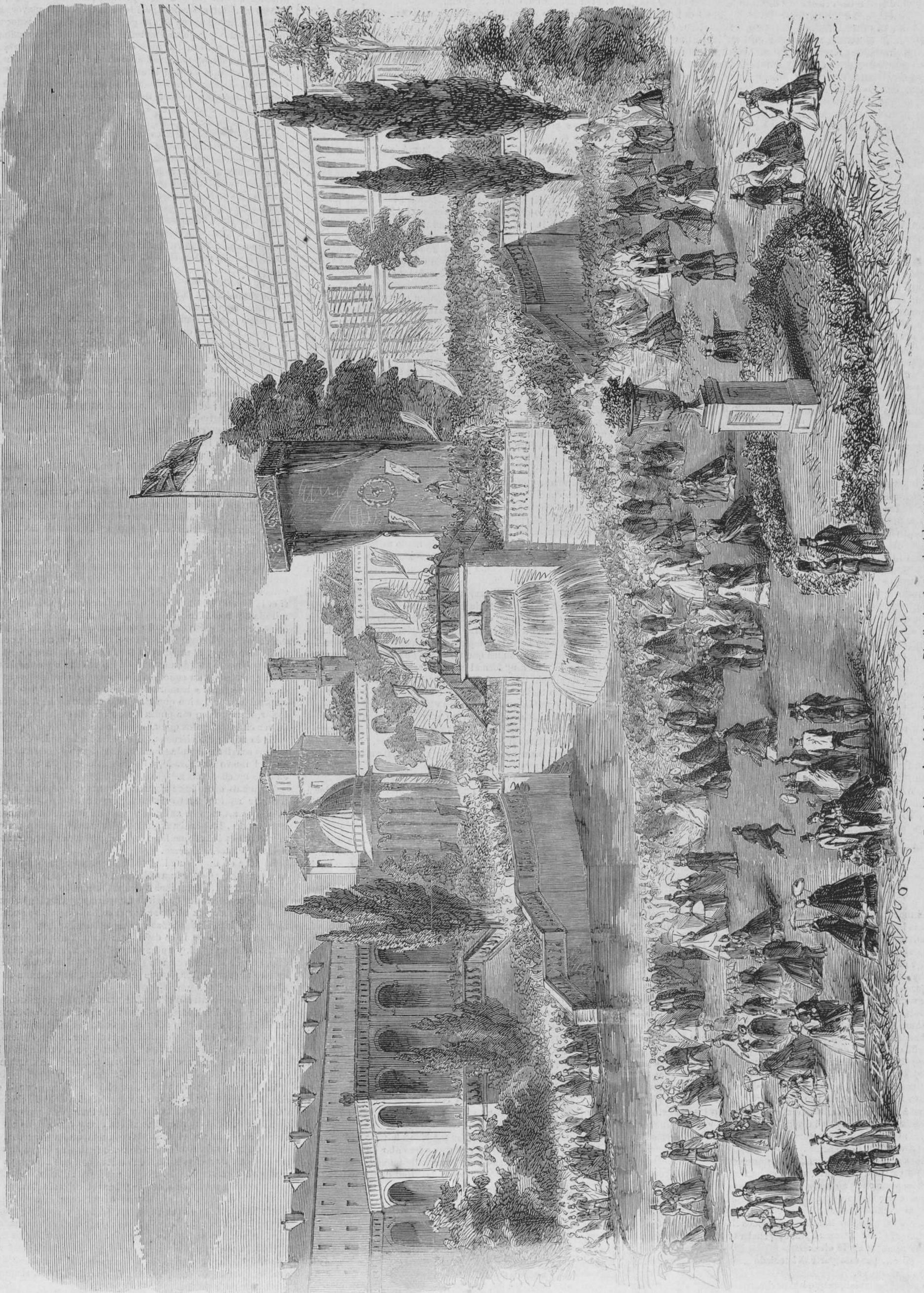
La proclamacion de las recompensas otorgadas por los jurados de la Exposicion internacional de Londres, ha sido exornada con toda la pompa correspondiente a una ceremonia tan importante. El tiempo estaba hermoso, y eran magníficas las disposiciones que se habian



Entrevista de los ministros anamitas y de los comisarios franceses. — Llegada de la lorcha de guerra anamita.



Entrega de las credenciales de los plenipotenciarios de Hué á bordo del navío *el Duperre*.



Exposicion universal de Londres. — Distribucion de premios á los expositores.

tomado. Una elegante muchedumbre llenaba la Exposición y los jardines de la Sociedad de horticultura. Los concurrentes a esta función solemne pasaban de 90,000, y entre ellos se encontraban todos los tipos del mundo, el indio, el americano, el europeo, el asiático, el habitante de la Oceanía, cada cual con su traje más ó menos pintoresco, con su fisonomía negra, atezada, rubia, morena, según los climas y zonas de que procedía. Catorce músicas llenaban los aires de aquel inmenso recinto, dos de ellas francesas, una del virey de Egipto, que la había llevado á bordo de su fragata de guerra, otra prusiana, otra belga y las demás inglesas.

La animación era inmensa. El duque de Cambridge, tío de la reina Victoria, acompañado de varios príncipes de Alemania, del virey de Egipto, de todos los ministros y altos dignatarios de la Corona y del cuerpo diplomático extranjero, iba repartiendo por la gran nave á los comisionados de cada nación un ejemplar del libro de premios, que consta de 500 páginas. El príncipe ha representado en esta ocasión á la reina Victoria, á quien la muerte de su esposo ha privado de asistir á ella. Por su mano pasaban las medallas que eran entregadas bajo un dosel elevado en los jardines, que podían distinguir fácilmente la mayor parte de los espectadores. Los diversos departamentos de la Exposición han sido adornados á gusto de los representantes de cada nación, y todos ellos con la mayor ostentación.

Lord Granville, presidente de los comisarios de la Exposición de Londres, leyó previamente el siguiente discurso:

« En nombre de los comisarios nombrados por Su Majestad para la Exposición internacional, tengo el placer de dar la bienvenida á los distinguidos representantes de las naciones extranjeras que nos honran tomando parte en la fiesta de este día. La actividad con que los gobiernos extranjeros han respondido á la invitación del gobierno inglés, ha sido muy apreciada por los habitantes de este país. Ahora ruego á los representantes especiales se sirvan admitir el informe del consejo de los presidentes. En seguida se entregarán los premios á los comisarios de S. M. Suplicamos á los representantes especiales que nos ayuden á dar á conocer los premios en el edificio, pues debe agradar á los expositores de los diferentes países saber, por conducto de los distinguidos representantes de sus respectivas naciones, el aprecio que han hecho los jurados de sus afortunados trabajos. Al atravesar el edificio, los comisionados especiales no dejarán de observar que la industria de todas las naciones ha manifestado un notable desarrollo desde la última exposición internacional, desarrollo, que justificando la opinión de un príncipe ilustre (que ¡ay! por desgracia no existe), debe mucho á la facilidad que estas exposiciones dan para comparar el estado de la industria de cada país, y preparar un luminoso camino para progresos mayores en el porvenir. »

Hé aquí ahora según la publicación oficial hecha por los comisarios de la Exposición, cómo se han repartido las 6,884 medallas otorgadas por el jurado entre las diversas naciones que han tomado parte en el concurso.

Inglaterra, 1,628; Francia y Argelia, 1,533; colonias inglesas, 780; Austria, 497; estados de la Alemania (sin comprender el Austria y la Prusia), 399; Prusia, 329; Bélgica, 244; Italia, 223; Rusia, 173; Portugal, 161; Suecia y Noruega, 153; España, 123; Suiza, 117; colonias francesas, 92; Egipto y Turquía, 86; Holanda, 67; Dinamarca, 59; Estados Unidos de América, 57; Grecia, 57; Brasil, 46; Perú y América central, 23; Estados Romanos, 19; China, Indo-China, Madagascar y Libéria, 18.

Revista de Paris.

El movimiento de viajeros que se nota este año es inmenso. Todas las líneas de ferro-carriles traen y llevan gente sin cesar lo mismo hacia el Mediodía que hacia el Norte, lo mismo hacia el Oeste que hacia el Este. Paris se halla inundado de extranjeros, y el boulevard de los Italianos se ha convertido en una verdadera torre de Babel donde se hablan todas las lenguas. Si los viajeros hiciesen por sí solos la fortuna de las empresas de caminos de hierro, no hay duda que el dividendo de 1862 dejaría completamente satisfechos á los accionistas. A mayor abundamiento, la moda ha introducido una innovación que reportará buenos beneficios á las compañías. El gran tono consiste en alquilar un coche de ocho asientos para dos ó tres personas, á fin de librarse de la invasión de viajeros. Todos los altos personajes viajan así; ¿porqué no han de hacer lo mismo los que no tienen otro anhelo en su vida que el de seguir sus huellas?

Ems rivaliza este año con Baden en cuanto al privilegio de llevar á su seno personas de distinción de todos los países. A su cabeza figuran el rey y la reina de Holanda, y el periódico el *Estío*, al noticiar á sus lectores la llegada de S. M. Guillermo III, señala detalles interesantes sobre la aptitud del rey para la composición musical. Hé aquí como procede:

« Un paseo, una cacería, una emoción cualquiera provoca en él la inspiración; ya está hallado el motivo, que expresa primeramente por medio de palabras que improvisa y que se canta á sí mismo, palabras muy sencillas, pero que pintan el sentimiento que debe expresar la música. Despues llama á su maestro de capilla y le hace sentar al piano; prueba el tono en que quiere que le acompañe y le dice:

— Mira... por esta parte del teclado... no, espera... por esta otra... así, eso es.

Y canta las palabras que ha escrito.

Unas veces compone la letra en francés, otras en holandés y

otras en italiano. Cuando escribe música bufa, para cuyo género tiene una disposición reconocida, elige el holandés, que según él es el idioma bufo por excelencia.

Cantando su melodía la corrige, y una vez que ha concluido, pregunta á su maestro de capilla:

— Vamos, mi querido Van... ¿qué te parece?

— ¡Ah! señor, responde el maestro, ¡es admirable! ¡magnífico!...

De cuando en cuando también suele decir:

— No está mal; no sé explicarme este misterio; no se asemeja á la música verdadera, y sin embargo agrada.

Si el maestro de capilla queda muy contento, el rey frunce las cejas; pero si ve que aprueba por cortesía, se restrega las manos y exclama:

— Este hombre es un gramático en la música, y no puede sufrir los neologismos. »

El periódico que publica estos pormenores contiene una larga lista de los personajes que este año han fijado en Ems su residencia. En Paris nos vemos reducidos á ser los ecos de las crónicas del mundo elegante que se escriben en Ems, en Baden, en Vichy, donde la presencia del emperador ha dado lugar á muchas fiestas, y en todos los demás puntos en los que se halla instalada hoy la sociedad aristocrática parisiense. Sin embargo, no abusaremos más hoy de este modo de hacer revistas por correspondencia, y nos limitaremos á señalar á continuación las escasas novedades de la semana.

Ha causado una profunda aflicción en el mundo artístico el suicidio de un joven pintor de mucho talento, discípulo de M. Couture, y cuyo porvenir daba las mayores esperanzas. Suicidarse en los umbrales de la vida, y cuando el horizonte aparece á lo lejos con los colores más brillantes, es cosa que solo explica un momento de desesperación, un rapto de locura. Así ha sido en efecto en el caso á que nos referimos, y lo más triste en esta ocasión, es que el motivo fué verdaderamente bien extraño.

El joven artista que principiaba á darse á conocer, había logrado reunir el año último una suma de unos veinte mil francos. Naturalmente creyó que trabajando como hasta entonces, aumentaría prontamente su fortuna. Toda su ambición había sido poseer una casa propia, una morada en la cual pudiese trabajar á su gusto, y al verse con aquel dinero, la mandó hacer inmediatamente. Pero hé aquí que la casa costaba más de 20,000 francos, y era preciso completar la cantidad que le exigían para concluirla. Por desgracia este año apenas pudo vender algunas pinturas de ínfimo valor, y de aquí tardanzas en los pagos. Los acreedores acudieron á la justicia, y el artista, asustado y viendo desvanecidas sus esperanzas, perdió la cabeza y se colgó de una cuerda que había atado al techo de su estudio, por no sufrir el dolor de que le vendieran la casa.

Todos cuantos le conocían y apreciaban su mérito, deploraban amargamente su pérdida.

Entre las novedades literarias de la semana, se cuenta una obra de M. X. Eyma, titulada *Escenas de costumbres y de viajes en el nuevo mundo*, que contiene una bonita colección de excentricidades. Una de ellas, quizá la más curiosa de todas, es la relativa al famoso bordelés Stephen Girard, cuya existencia en los Estados Unidos no es más que un tejido de rarezas. Sin embargo, hay una cosa muy formal en la historia de este individuo, y es que de simple tabernero llegó á ser setenta y cinco veces millonario. ¿No tenía derecho para ser estraordinario y original un hombre que poseía una fortuna tan estraordinaria?

M. Eyma dice que se podrían escribir muchos volúmenes acerca de sus excentricidades de todo género, y principalmente sobre las singulares incoherencias de su carácter, en el que cabían á la vez una avaricia sórdida y una generosidad de que hay pocos ejemplos entre los hombres.

Citaremos un caso entre los que refiere M. Eyma.

Girard había formado un empeño particular en no acceder á un aumento de sueldo de mil francos que le pedía un empleado de su casa de banca, que estaba en ella hacía más de veinte años.

— Si Vd. no está contento, por la puerta se va á la calle, le dijo una vez, cansado ya de oír hablar del asunto; pero al mismo tiempo le metía en el bolsillo una cartera en la que había un valor de veinte mil pesos fuertes.

En cuanto al aumento de sueldo, se le negó hasta el último instante de su vida.

El ricacho bordelés era muy gloton y tenía de cocinero al primer práctico de los Estados Unidos, que lo que es en glotonería tampoco le iba en zaga.

En cuanto veía en la mesa un manjar que no estaba á su gusto, Girard llamaba al cocinero, y obligándole á sentarse enfrente de él, le hacía comer el manjar que había descuidado.

— La pena del talion, exclamaba en estas ocasiones; no hay nada más justo en el mundo.

Y al mismo tiempo se reía de los gestos que hacía el cocinero, castigado por donde había pecado.

Sin embargo, aparte de las anécdotas de este jaez, que como hemos dicho, pululan en la obra de M. Eyma, hay capítulos interesantes que tratan de la vida en Nueva Orleans, considerada en su parte seria y hasta siniestra, como verbigracia, cuando se hace cargo de la terrible enfermedad que se llama vómito ó fiebre amarilla, que causa tantos estragos, sobre todo entre los extranjeros; estas páginas serán leídas con atención por los hombres científicos.

Otra nueva producción tenemos también á la vista, cuyo asunto entra esencialmente en el carácter particular de estas crónicas. Titúlase «Memorias de un hombre de mundo,» por M. A. Rondelet, profesor de filosofía en la facultad de letras de Clermont. Aquí no se trata de aventuras, ni de anécdotas, ni de sucesos más ó menos novelescos, no; es una obra escrita para los hombres de mundo, y en la que ocupa el primer puesto la moral. El mérito del autor consiste en una observación detenida de nuestras costumbres actuales, que le suministra materia para extenderse en una serie de digresiones que seducen por lo inesperadas, verídicas y justas. ¿Puede darse nada más delicado que este análisis de la indecisión?

« La indecisión, dice M. Rondelet, es una cosa que lisonjea de una manera singular á la naturaleza humana. Nos creemos dis-

pensados de todo esfuerzo en tanto que no hemos tomado aun una resolución definitiva, y nos complacemos en prolongar ese estado mixto en que podemos esperar todo de la fortuna, porque en efecto, no la hemos pedido nada todavía. A mayor abundamiento, la indecisión es una grande aduldora del amor propio: en tanto que no se emprende nada sino de un modo provisional, nuestra vanidad tiene delante de sí una puerta abierta, y podemos abandonar á cada instante ese mal principio bajo el honrado pretexto de que hemos cambiado de parecer. Por el contrario, si hemos manifestado categóricamente nuestras intenciones y divulgado nuestra resolución, todo cambio acusa una palinodia, y por consiguiente implica una humillación que nos es preciso devorar... »

Los caracteres indecisos se dejan arrastrar á las contradicciones más singulares en su conducta. El partido que presumen tomar es aquel que no tomarán nunca. A medida que se aproxima el momento de la acción, toda su inteligencia, en vez de preparar su cumplimiento se ocupa en detallar las dificultades. Cuanto más rezagado se queda su pensamiento en esa indecisión, más olvidan las consideraciones que les habían guiado en un principio. Muy luego ya no distinguen más que objeciones; su espíritu se cansa en evidenciarlas, y en el último instante es infalible que se arrojan en la dirección opuesta, y no porque haya venido á ser la mejor, sino porque perdieron de vista los motivos que la hacían mala, y que ya no tienen tiempo para encontrar nuevamente. »

En el análisis de la murmuración se muestra el autor de una perspicacia desoladora.

« Hay en la murmuración, dice el filósofo, algo más vituperable y más triste que la imprudencia ó la malignidad de sus discursos; son los motivos que nos los dictan. El que censura al prójimo es para hacer su propia apología; el que entrega implacablemente á la publicidad que la ignoraba alguna circunstancia deplorable de su vida, es para que le crean á él mejor... en suma, con todos los defectos ajenos cuidadosamente enumerados, el murmurador acaba por levantarse un pedestal de altas cualidades y de virtudes. »

A la vuelta de estas y otras páginas, M. Rondelet se muestra implacable con los poderosos del mundo en favor de los desheredados de la civilización.

« Paréceme, exclama, que bajo el punto de vista moral no nos hallamos desgraciadamente muy lejos de los ladrones, de los asesinos, de todos los infelices que tratamos con tanto desprecio. No veo que en el fondo estemos fuera de las mismas pasiones, de las mismas concupiscencias, de los mismos vicios... A veces me pregunto qué habrían venido á ser á través de las terribles circunstancias cuya sombría historia leo en cada proceso criminal, esas personas de mundo que veo tan orgullosas en su ténue virtud. Efectivamente, ¿habrían resistido á las insinuaciones del mal ejemplo, á los consejos de la miseria, al contagio de la desesperación y del crimen? ¿Cuántas personas tienen dentro de sí el ladrón y el asesino, oculto interiormente y visible solo á la mirada de Dios! No siempre hay en el mundo tanta diferencia como podría creerse entre el que llaman hombre de bien y el malvado de profesión; á menudo solo faltó al primero la ocasión de dejarse ver, y al segundo la facilidad de ocultarse. »

No podemos extendernos más en hacer citas de esta obra notable por más de un concepto; lo único que añadiremos en conclusión, es que el «hombre de mundo» no limita sus observaciones á la moral, sino que trata todo cuanto atañe á la vida interior, siempre con esa punta de acerba filosofía que acabamos de ver en los párrafos que anteceden.

En la noche del viernes último se ha hecho en los dos nuevos teatros construidos en la plaza del Chatelet la primera experiencia del nuevo alumbrado, experiencia á que ha asistido una enorme muchedumbre.

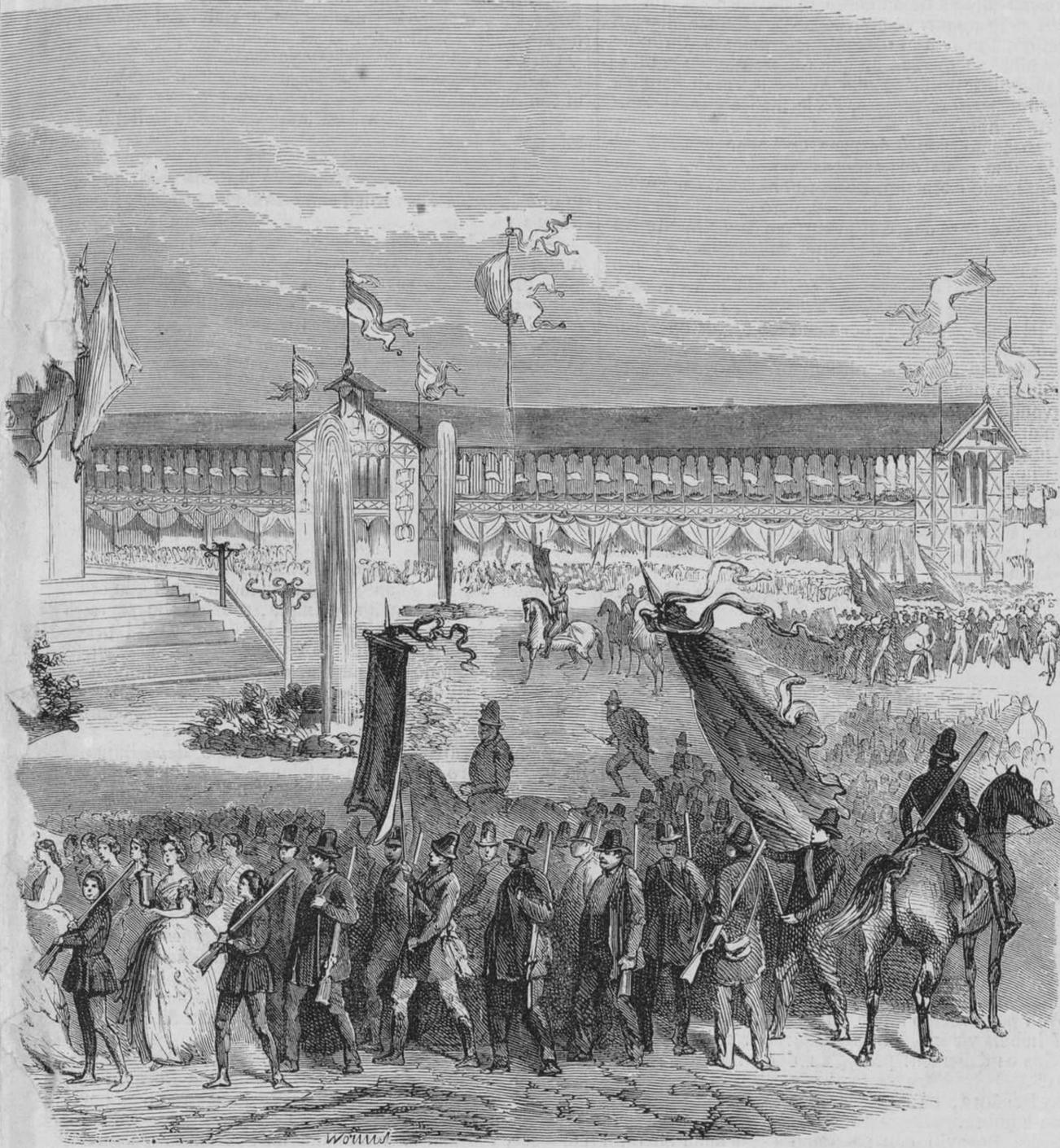
Ya hemos dicho hace algunas semanas que se trataba de introducir aquí un nuevo sistema á cuyo beneficio desaparecería la clásica araña, esa antigua y molesta invención de nuestros antepasados. La prueba á que nos referimos ha salido perfectamente, y el público que llenaba los dos teatros no se cansaba de aplaudir el nuevo sistema.

La idea es muy sencilla: toda la inmensa techumbre de la sala está ocupada por una vidriera de cristal cuajado, detrás de la cual arden 1,500 mecheros de gas, teniendo encima una especie de casco blanco que sirve de reflector y despiden la luz hacia abajo. Esta luz al pasar por el cristal cuajado se suaviza é inunda las localidades todas con un resplandor muy brillante y que sin embargo no hace daño á la vista. Todo el teatro está alumbrado por igual, y no hay un asiento, ni aun el más recóndito, que se encuentre en la sombra. M. Davioud es el inventor de este nuevo alumbrado, que se combina con un sistema de ventilación muy ingenioso.

Ya se ha encontrado el nombre para el hotel monumental levantado en el boulevard de Capucines: se llamará «Grande hotel de Paris,» al menos mientras los establecimientos del mismo título que existen en la capital no reclamen. Sería curioso que los que han tenido tanta imaginación para crear un establecimiento modelo en su clase no acertasen á darle un nombre sin exponerse á pleitos de daños y perjuicios.

Ya que hablamos de pleitos, no olvidemos decir que la contienda del señor Calzado con los propietarios del edificio donde da sus representaciones la compañía italiana, está muy lejos de terminarse, pues cada cual se aferra más y más en sus pretensiones. Sin embargo, el principio de la temporada se acerca, y el señor Calzado mientras se decide esa cuestión se ocupa en ajustar artistas. Por el pronto, los nombres con que cuenta ya forman una lista respetable. Según nuestras noticias, tendremos este año nada menos que nueve primas donnas; la Titiens y la Patti (nuevas en Paris) y despues las señoras Penco, Alboni, María Battu, Saint-Urbain, Guerra, Trebelli y Volpini; esto sin contar á la Frezzolini, cuyo ajuste no se hará esperar muchos días, según aseguran. Entre ellas, las principales piden de 2,000 á 2,500 francos por cada noche que salgan á la escena; está visto que andando así las cosas, los aficionados á la bella música tendrán que ver cómo subvencionan á los empresarios, si no prefieren taparse los oídos.

MANRIANO URRABIETA.



ort.

tienen á su cargo la puerta de entrada. — M. Liandier, autor de los planos y proyectos del palacio de la Exposición universal y permanente, se ha encargado de su completa ejecución. — M. F. Edwards de Glasgow ha

contratado la parte de fundición que hace en este momento.

En el palacio de las futuras exposiciones permanentes, donde estarán representadas todas las artes sin excepción y todos los ramos de industria, la distribución se decidirá, sin consideraciones de procedencia, según el encadenamiento racional del origen y el destino de los objetos, y según la disposición más favorable para la presentación de las telas, los cuadros, las estatuas, los bronceos, las máquinas, etc. A pesar de su inmensa extensión, ¿basta este palacio para todos los expositores? Ya están alquilados 50,000 metros, y ha habido que tomar nuevas disposiciones para añadir 25,000 mas. Además de las suscripciones de los expositores franceses, la Gran Bretaña y sus colonias han tomado 25,000 metros; la Alemania y la Suiza 10,000 metros cada una; España y Portugal 4,000 metros; Bélgica 4,000 también; la Italia reclama 4,000 y 2,000 la Suecia y la Noruega.

Estas cifras constituyen el más elocuente testimonio del buen éxito que alcanzará la idea que ha presidido á la construcción del nuevo palacio de la Exposición universal y permanente. F. DE B.

Julietta y Margarita.

(Conclusion.)

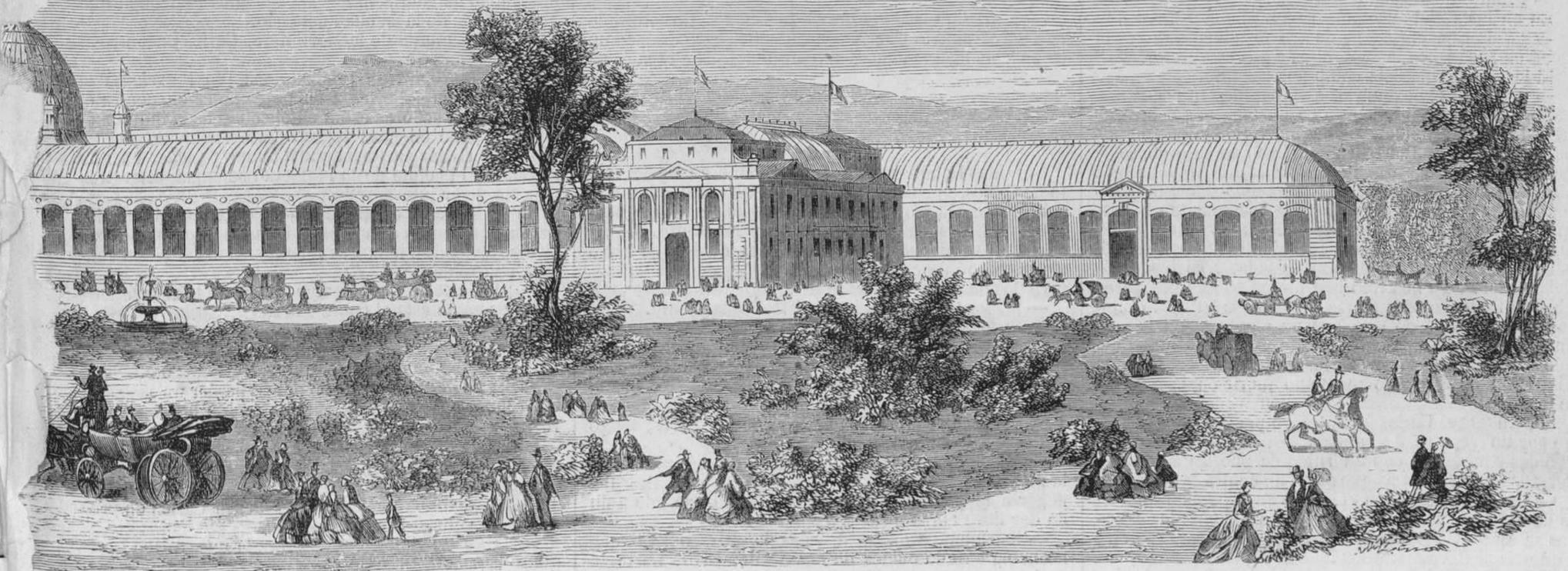
A pesar del ardor de su pasión y de su disposición natural para la poesía, le fué imposible completar su soneto, y debió apagar su luz diciéndose que quizá sería más feliz al día siguiente.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Al otro día, Alfredo que no había podido dormir en toda la noche, se hallaba acometido de una calentura violenta, y todo su cuerpo presentaba manchas encarnadas.

- ¡Eh! posadera, gritó Carlos, se os necesita por aquí, venid cuanto antes.
- ¿Qué hay? preguntó la aldeana.
- ¿Teneis un médico en la aldea?
- Sí, señor.
- ¿Pero no será un homeópata?
- No, señor, se llama Meslier, respondió la posadera sin haber comprendido lo que la decían.
- Pues haced que venga al instante.

Un cuarto de hora después el cirujano de aldea estaba sentado á la cabecera de Alfredo; y al cabo de un largo y minucioso examen declaraba que el caso era grave y que el joven tenía viruelas.

— En nombre de nuestra amistad, querido Carlos, dijo Alfredo cuando se quedaron solos, monta á caballo y corre á la Martiniere, pues estoy seguro de que Julietta se abandona á la más horrible desesperación. Sin duda supone que me he ahogado en el Galiotte. Enjuga sus lágrimas y tranquiliza á su alarmada familia. Aunque estoy vacunado y me figuro que esta maldita enfermedad no tendrá consecuencias funestas, es inútil que la designes. Anda pronto y no tardes en volver; mi mejor médico eres tú.



permanente en Paris-Auteuil.

Cárlos recomendó su enfermo al anciano facultativo y á la posadera, y luego sin pensar en sus tormentos de la vispera, de los cuales se resentía aun, montó valerosamente á caballo. ¡Oh amistad! llevó la resolución y el afecto hasta el punto de hincar sus espuelas en el vientre de su potro. A Dios gracias, salió bien, pues no debemos contar una caída insignificante y algunas rozaduras ligeras en el codo y en las rodillas.

La hermosa posesion de la Martiniere, situada en el fondo del departamento de *** pertenecía en aquel tiempo á M. Duravin, de la antigua casa Philipat, Duravin y compañía, bien conocida en la alta banca parisiense. El ex-banquero, reducido por un ataque de apoplejía á un estado muy próximo de la imbecilidad, vivía en el campo, y su mujer y su hija pasaban el invierno en París corriendo los bailes, los teatros y los conciertos.

Alfredo había visto á la señorita Julieta Duravin en las sociedades; se había enamorado de ella perdidamente, había declarado su pasión; y en atención á que era joven, de buena familia, guapo mozo y poseedor de importantes propiedades sin hipotecas, la madre había acogido favorablemente sus pretensiones conyugales. El mes de diciembre estaba para concluir, y la boda debía tener lugar en los primeros días de enero.

Las diez daban en el reloj del palacio de la Martiniere, cuando Cárlos estropeado sobre su silla hacia su entrada en la avenida que conducía al peristilo. Distinguiendo á un lacayo muy lleno de galones le hizo señal de que se acercara.

— ¿La señora y la señorita Duravin están visibles? le preguntó.

— Nunca se levantan antes de las doce, respondió el criado.

— ¡Diablo! exclamó el jinete, que con su excursión matutina sentía un excelente apetito; ¿á qué hora pues se almuerza en esta casa?

— A la una.

Una nube sombría cubrió la frente de Cárlos.

— ¿Y no podría ver á M. Duravin?

Esta pregunta pareció excitar la sorpresa del criado.

— ¿Deseáis ver á M. Duravin? repitió como si hubiese oído mal.

— Sí.

— ¿M. Duravin, el marido de la señora?

— Sin duda.

— Hacedme el favor de seguirme. ¡Buen cuarto de hora va á pasar! añadió entre dientes. No se lo envidio.

Cárlos fué introducido en una pieza recóndita calentada por caloríferos á una temperatura insostenible. El ex-banquero, cubierto de pieles, tiritaba en una butaca con el labio colgando y la mirada apagada.

— Caballero, repuso el visitante, me llamo Cárlos Deslaurius.

— Cerrad la puerta, interrumpió M. Duravin.

— Está cerrada. — Soy amigo de vuestro futuro yerno, Alfredo Senechal.

— Pero cerrad la puerta, repitió M. Duravin; este cuarto es un ventisquero.

— Os aseguro que todas las puertas están cerradas, repuso Cárlos, que sudaba á caños. Tengo que anunciaros una mala noticia, añadió con acento grave y solemne.

— ¡Una mala noticia! interrumpió el banquero.

— ¡Ay! Si, señor.

— No quiero oírla pues; yo estoy delicado y huyo las emociones de toda especie. Pero por Dios cerrad la puerta, es imposible que no esté abierta... mirad, estoy temblando.

Cárlos se alejó limpiándose el sudor de la frente.

— Alfredo va á tener un suegro que ni de encargo; si lo restante de la familia está cortado por el mismo patron, le pronostico una vida agradable.

El criado que le había introducido le esperaba en la antesala.

— ¿Quereis ganar veinte francos? le preguntó Cárlos.

— ¿Y cómo? respondió el lacayo abriendo los ojos.

— Pronto, un recado de escribir.

En un instante le presentó papel, pluma y tintero.

— ¿Veis esta carta? Si dentro de cinco minutos la tiene en sus manos la señora, este luis es vuestro.

El lacayo desapareció como por encanto.

— Preciso es convenir en que manifiestan poquísima inquietud acerca de la suerte de mi amigo. ¡Pobre Alfredo! con su candidez se imagina sin duda que he hablado á la señora Duravin arrodillado en su oratorio, y que su hija me ha aparecido asomada á la ventana mas alta del palacio dirigiendo un telescopio hácia las profundidades del camino. ¡Ay! ¡qué distancia tan inconmensurable separa la realidad del sueño! Aquí están durmiendo con toda comodidad, mientras tú tiembles de calentura en el cuarto de una posada. ¿Te has caído del caballo? ¿Te has roto una pierna? ¿Has desaparecido en las cenagosas aguas del Galiotte? Pues lo mismo piensan en todo esto que un ciego en un par de anteojos. ¡Y me dices que Julieta Duravin es el ángel que debe reconciliarme con los demonios del sexo femenino!... ¡Hum! Mucho me temo morir en la impenitencia final.

Sin embargo, Cárlos fué interrumpido en su monólogo por un repique de campanillas, seguido de idas y venidas y mezclado con un ruido de puertas abiertas y cerradas y de persianas que pegaban contra las paredes.

— Caballero, exclamó el criado que apareció un instante despues, he ganado mis veinte francos; las señoras se están vistiendo y os suplican que las esperéis; ¿quereis seguirme al salón?

Cárlos se preciaba de ser un observador profundo; pensaba que si con razon se dice que el estilo es el hom-

bre, con no menos fundamento se puede decir que el aposento es la mujer. Se aplicó pues á estudiar el salón de la señora Duravin lo mas minuciosamente que le fué posible, bien persuadido de que ese examen le conduciría á descubrir indicios que le demostraran bajo su verdadero aspecto el carácter de la madre y quizá tambien el de la hija.

— Es evidente, pensó despues de haber detallado el mueblaje, que estas dos señoras son elegantes y que poseen un gusto exquisito... Son rubias; el color de las telas lo prueba así... Son bonitas, como lo manifiestan esos espejos esparcidos con profusion. Unicamente las mujeres muy bonitas abusan tanto de los espejos; una mujer fea reemplazaría los espejos con pinturas... me temo que sean dos perezosas... ¡Ah! ¡tenemos libros! veamos cuáles son sus autores favoritos... ¡Diablo! exclamó Cárlos despues de haber leído los títulos de cinco ó seis volúmenes esparcidos sobre la mesa, me parece que nuestra futura mamá política no es muy escrupulosa en punto á sus lecturas.

Y clavando los ojos en el piano añadió:

— Sin duda toca el piano Julieta, ¡tanto mejor! ¿Qué música la gusta? ¿Beethoven ó Mozart?

Cárlos hojeó varios cuadernos magnificamente encuadernados, adornados con la cifra J. D. y una corona de capricho; pero estos cuadernos no contenian mas que rigodones, wals, polkas y romanzas.

Cárlos cerró los papeles, y un suspiro significativo se exhaló de su pecho.

— ¡Pobre amigo mio! exclamó; ¿qué será de tí en esta casa?

Despues de haber esperado una hora, la madre y la hija asomaron en fin resplandecientes de galas y hermosura.

La madre á despecho de sus cuarenta y cinco años cumplidos estaba magnífica todavía. En cuanto á Julieta, con su cabello rubio y sus ojos azules, diríase que realizaba el tipo de las madonas de Rafael, si no hubiesen abusado tanto de Rafael y de sus madonas.

— ¿Sois M. Deslaurius? preguntó la señora Duravin al viajero dirigiéndole un gracioso saludo.

— El mismo, señora.

— ¿Y habeis venido solo?

— Sí, señora; he dejado á Alfredo en Moriez, una aldea á tres leguas de aquí.

— ¿Está enfermo? Os esperábamos ayer noche.

— La crecida del Galiotte nos impidió llegar á la hora señalada; y si mi amigo no está aquí hoy, es por culpa de una ligera indisposicion que sufre en este momento, añadió fijando en Julieta una mirada escudriñadora.

La joven permaneció muda é impasible.

— ¿Y habeis venido á tranquilizarnos? ¡Ah! ¡cuántas gracias os debemos! pero ¿sin duda no habeis almorzado?

— ¡Ay! señora, os confieso sencillamente que me muero de hambre.

La señora Duravin con su mano estrechada en un guante de Suecia ofreció á Cárlos una preciosa cajita llena de pastillas de chocolate perfumado.

— ¡Un pedazo de jamon sería mas de mi gusto! pensó Cárlos al recibir aquel obsequio.

Sin embargo, la señora Duravin había tocado la campanilla y acababa de decir algunas palabras al oído de una doncella elegantemente vestida.

— ¿Con que llegais de París? exclamó la señora Duravin exhalando un suspiro; de París, adonde no hemos podido ir este invierno mi hija y yo por el triste estado en que se encuentra M. Duravin. ¡Ah! ¡caballero! tened piedad de dos pobres desterradas. ¿Qué hay de nuevo en esa hermosa ciudad? ¿Qué se dice, qué se hace? ¿Habeis estado en los bailes de Tullerías? ¿Es buena la compañía italiana? ¿Es cierto que la señora de N... ha huido con M. de R...? ¿Se llevan pieles este año? ¿Qué dicen de la última ópera de Verdi? ¿Cuál es la novela mas en boga? ¿Se han inventado muchas modas nuevas? Por Dios, hablad, instruidnos; pensad que no vivimos en el mundo.

— ¡Ah! mi querido Alfredo, pensaba Cárlos aturdido con aquel diluvio de palabras, si tu suegro padece un laconismo exagerado, ya te desquitarás con la suegra.

II.

Durante el almuerzo, que fué exquisito y muy del gusto de Cárlos, apenas la madre y la hija pronunciaron el nombre de Alfredo. Solo se trató de París, de sus fiestas, sus modas, sus teatros, su crónica galante, sus tenores, sus cómicas y sus bailarinas; de esto se habló sin tregua ni descanso.

Cárlos se despidió por fin de las amables señoras.

— ¡Cómo! ¡Ya os marchais! le dijo la madre.

— Si, me vuelvo con Alfredo, pues estoy seguro de que maldice mi lentitud y cuenta los minutos.

— Si por casualidad no pudiese acompañaros mañana, pensad que os esperamos en la Martiniere. Sois el único rostro humano que hemos visto hace dos meses. Volveremos á hablar de nuestro querido París; tengo mil preguntas que haceros todavía.

Cárlos se inclinó profundamente, estrechó la mano de la madre y de la hija y se alejó con rapidez. Deseaba llegar á la posada, y sobre todo quería estar solo á fin de dar libre curso á sus pensamientos.

— Resumen, exclamó despues de un monólogo que no había durado menos de cinco kilómetros. La mesa es deliciosa, los vinos excelentes. En lo que toca al carácter de la señora Duravin y de Julieta, opino que...

á fe mia, añadió al cabo de una pausa, sería temerario juzgarlas por el corto rato que las he visto. Así pues, lo dejaremos para otro día.

Cárlos Deslaurius se hallaba ya muy cerca de Moriez cuando distinguió al doctor Meslier que le esperaba en el camino.

— ¿Alfredo está peor? exclamó en cuanto se halló al alcance de la voz.

Y lanzó su caballo á escape.

— ¡Ay! señor mio, le respondió el médico, yo no sé lo que es ocultar la verdad con un velo de palabras mentirosas.

— ¡Alfredo ha muerto! interrumpió Cárlos con una inquietud mortal.

— ¡Diablo! no vayais tan ligero, repuso el doctor; á Dios gracias no estamos en ese extremo todavía; pero no debo disimularos que vuestro amigo ha empeorado mucho desde esta mañana, y pensando que en la posada le cuidarían mal, le he trasladado á mi casa.

Por toda respuesta Cárlos estrechó con efusion la mano del facultativo.

— ¿Está en peligro su vida? preguntó conmovido.

— La enfermedad se presenta con los peores síntomas; la fiebre está en su mas alto periodo y el pobre joven delira... Siempre tiene en los labios un nombre de mujer, Julieta... ¿Es el de su esposa?

— Su esposa futura.

— ¡Hum! podría quedarse viuda antes de casarse, dijo M. Meslier meneando tristemente la cabeza.

Habian llegado delante de la casa del médico, que era una construccion sencilla y limpia, rodeada de parras cuyos sarmientos llegaban hasta las ventanas del primer piso.

M. Meslier llamó á la puerta, que abrió prontamente una joven vestida con modestia; al aspecto de un extraño, sus pálidas mejillas se pusieron encarnadas como la grana.

— Es Margarita, mi hija, dijo el médico, depositando un beso sonoro sobre aquella tersa frente de diez y siete años.

El doctor llevó á Cárlos cerca de su amigo, que no le reconoció.

— Alfredo, amigo mio, soy yo, que vengo de la Martiniere, donde he visto á Julieta, exclamó Cárlos espantado con los destrozos que había hecho en él la enfermedad en tan poco tiempo.

Alfredo le miró fijamente y pronunció algunas palabras entrecortadas, en las cuales apenas se percibió mas que el suplicio de Tántalo y Julieta.

En los dos dias siguientes, lejos de haber mejoría creció la inquietud del médico. El tercer dia M. Meslier llamó á Cárlos y le dijo:

— Me parece que sería oportuno que volviérais á la Martiniere; yo sería culpable con la familia Duravin si la dejase ignorar mas tiempo la situacion en que se halla vuestro amigo. La enfermedad hace progresos espantosos, y desde esta mañana he concebido los mas serios temores. Si la señorita Julieta quiere ver á su novio, que se apresure, pues mañana sería quizá demasiado tarde.

— ¿Y estando ausente yo, quién cuidará á mi amigo si os vienen á buscar para otro enfermo? preguntó Cárlos que sintió correr una lágrima por su mejilla.

— Mi hija le cuidará.

— ¡Cómo! ¿Tendriais valor para exponer á vuestra hija á tan horrible espectáculo? Alfredo está horroroso, y además comprometéis la salud de la joven.

— Tranquilizaos, repuso el doctor; Margarita es una muchacha animosa que no se asusta por tan poco. La he acostumbreado á que me asista en mis operaciones mas peligrosas; he hecho de ella una especie de hermana de la caridad, y lo digo sin orgullo, llena su triste mision con afecto y paciencia. Ella es y no yo quien debería tener el diploma, pues hace mas curas que su anciano padre. Sus suaves palabras valen cien veces mas que todas mis drogas y recetas; yo no soy sino de la facultad de Montpellier, y los aldeanos pretenden que Margarita es de la facultad del cielo.

A medio camino de la Martiniere, Cárlos encontró al criado de Duravin.

— ¡Ah! ¡sois vos! ¡alabado sea Dios! exclamó el criado; yo iba á Moriez á saber cómo se encuentra el enfermo. Las señoras están en el colmo de la inquietud.

— ¡Déjame en paz! repuso Cárlos contento porque podía dar rienda suelta á su mal humor: ¿acaso cuando se está en el colmo de la inquietud se dejan pasar tres dias sin pedir informes?

En el momento en que entró en el salón del palacio, Cárlos sorprendió á la señora Duravin leyendo un periódico de modas, mientras Julieta sentada al piano cantaba una romanza.

— ¡Ah! ¡por fin estais aquí! exclamó la señora Duravin: ¿cómo está el pobre Alfredo?

— El pobre Alfredo quizá ha muerto á esta hora, respondió bruscamente su amigo.

Las dos señoras lanzaron un grito de espanto.

— Sí; y si quereis verle no debeis perder un instante.

— Juan, que enganchen al punto, dijo la señora Duravin.

Pálidas y trémulas las dos señoras, se cubrieron con sus capas y sus sombreros sin mirarse en ningun espejo.

— ¿Las habré yo calumniado? pensó Cárlos en presencia de aquella sincera emocion.

— ¿Y qué terrible enfermedad es la que padece? preguntó la señora Duravin.

— Las viruelas.

La madre y la hija se miraron con terror.

— ¡Las viruelas! repitió la señora Duravin.
— Sí, señora.
Y sobrevino en el salón un silencio tal, que Carlos oyó distintamente las oscilaciones de la péndola del reloj.
— Entonces, repuso la madre, nos es imposible á mi hija y á mi visitar á Alfredo.
— ¡Imposible!... ¿Y por qué?
— Porque esa terrible enfermedad es contagiosa, y yo faltaría á mis deberes de madre exponiendo á mi querida Julieta á tan grave peligro. Vivid persuadido de que deploro en el alma tenerme que imponer esa privación, y se lo direis de mi parte á vuestro amigo. Dos veces cada día enviaré á preguntar por él, y nosotras pediremos á Dios su pronta cura. ¡Ay! caballero, os lo recomiendo, os lo recomendamos; velad sobre él como un hermano, pensad en mi dolor, en el dolor de mi hija; ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡compadecedos de él!
— ¡Vieja comedianta! pensó Carlos levantándose y huyendo, pues temió no poder contenerse y soltar alguna palabra malsonante.
A su vuelta encontró á la hija del doctor instalada á la cabecera del enfermo.
— ¡Silencio! le dijo; ¡duerme!
— ¿Cómo está? preguntó Carlos en voz baja.
— Un poco mejor; sin embargo, el delirio continúa; no cesa de llamar á Julieta, y también ha pronunciado varias veces vuestro nombre.
— ¡Mi querido Alfredo!
— Le inquieta mucho el resultado de vuestras visitas á la Martiniere.
— Ya puede inquietarle, murmuró Carlos.
En la agitación febril de su sueño, Alfredo hizo caer la almohada que sostenía su cabeza. Margarita levantó ligeramente aquella cabeza cubierta de lepra y espantosa, y con una seña dijo á Carlos que volviese á poner la almohada en su puesto.
— ¿Y ese espectáculo no os repugna? preguntó Carlos que se acordaba del profundo horror manifestado por las señoras Duravin.
— No en balde soy hija de mi padre, respondió con amable sonrisa.
— Sin embargo, no ignorais que es un mal contagioso.
— Estoy vacunada.
— También lo estaba Alfredo.
— Por esa cuenta habría que dejarle abandonado; vos mismo deberiais huirle.
— Alfredo es mi amigo, y es muy diferente.
— Pero está en mi casa; ¿pensais que el título de huésped es menos sagrado é impone menos obligaciones que el de amigo?
— ¡Ah! exclamó Carlos sin poderse quitar de la imaginación la comedia representada delante de él en el palacio de la Martiniere; no sois mujer, sois un ángel.
— ¡Silencio! repuso Margarita, vais á despertar al enfermo.
Carlos se calló, y con un sentimiento de admiración se puso á considerar á la hija del doctor ocupada en transformar en hilas una camisa vieja de su padre.
Esta tarea no tenía en sí nada que fuese gracioso ni poético, y sin embargo, ¡cuánto Margarita, vestida con su sencillo traje negro de lana le pareció mas hermosa que Julieta, vestida de seda, cubierta de pieles y de encaje, y haciendo correr sus blancos dedos sobre las telas de su piano de Erard!
Confundida ante aquella admiración silenciosa, Margarita volvió á tomar la palabra.
— ¿Y la señorita Duravin no vendrá á ver á su prometido? preguntó.
Carlos se sonrió amargamente.
— La haceis demasiado honor.
— No os comprendo.
— Nada mas fácil de comprender: la señorita Duravin no posee ni vuestro corazón ni vuestro valor. Cuando supo cuál es la enfermedad de Alfredo, tuvo miedo y no vino.
— ¡Miedo! exclamó Margarita; yo creí que amaba al enfermo.
— Y ya veis hasta dónde llega su amor. Esas bellas muñecas parisienses tienen justito el mismo corazón que las figuras de cera expuestas en los escaparates de los peluqueros. Son bonitas, bien hechas, agradan mucho, convenido; pero no es Dios quien las ha hecho, sino que son producto de un hábil artista; buena diferencia va de vos á ellas.
— ¡Ah! sois injusto.
— El porvenir probará si digo mal ó bien; además, tengo ya mi plan, añadió entre dientes.
El doctor entró y anunció una ligera mejoría en el estado del enfermo; dos días despues tranquilizó completamente á Carlos.
— Ya no hay ni asomos de peligro; ahora es asunto de tiempo y nada mas, dijo el buen médico.
— ¿Han venido á menudo Julieta y su madre? preguntó Alfredo en cuanto se halló en estado de coordinar sus ideas.
Y Carlos sin omitir el menor detalle le hizo una relación textual de sus dos visitas á la Martiniere.
— ¡Es extraño! pensó Alfredo, y su corazón se oprimió dolorosamente.
— ¿Sabes quién te ha salvado la vida? le dijo un día su amigo; Margarita: sin ella, estarias ahora en el campo santo del pueblo.
— ¿Y cómo es que habeis tenido tanto valor cuando Julieta ha sido tan cobarde? preguntó el convaleciente á la hija del facultativo.
— No teniendo nada que perder, no puedo tener miedo, respondió sencillamente Margarita.

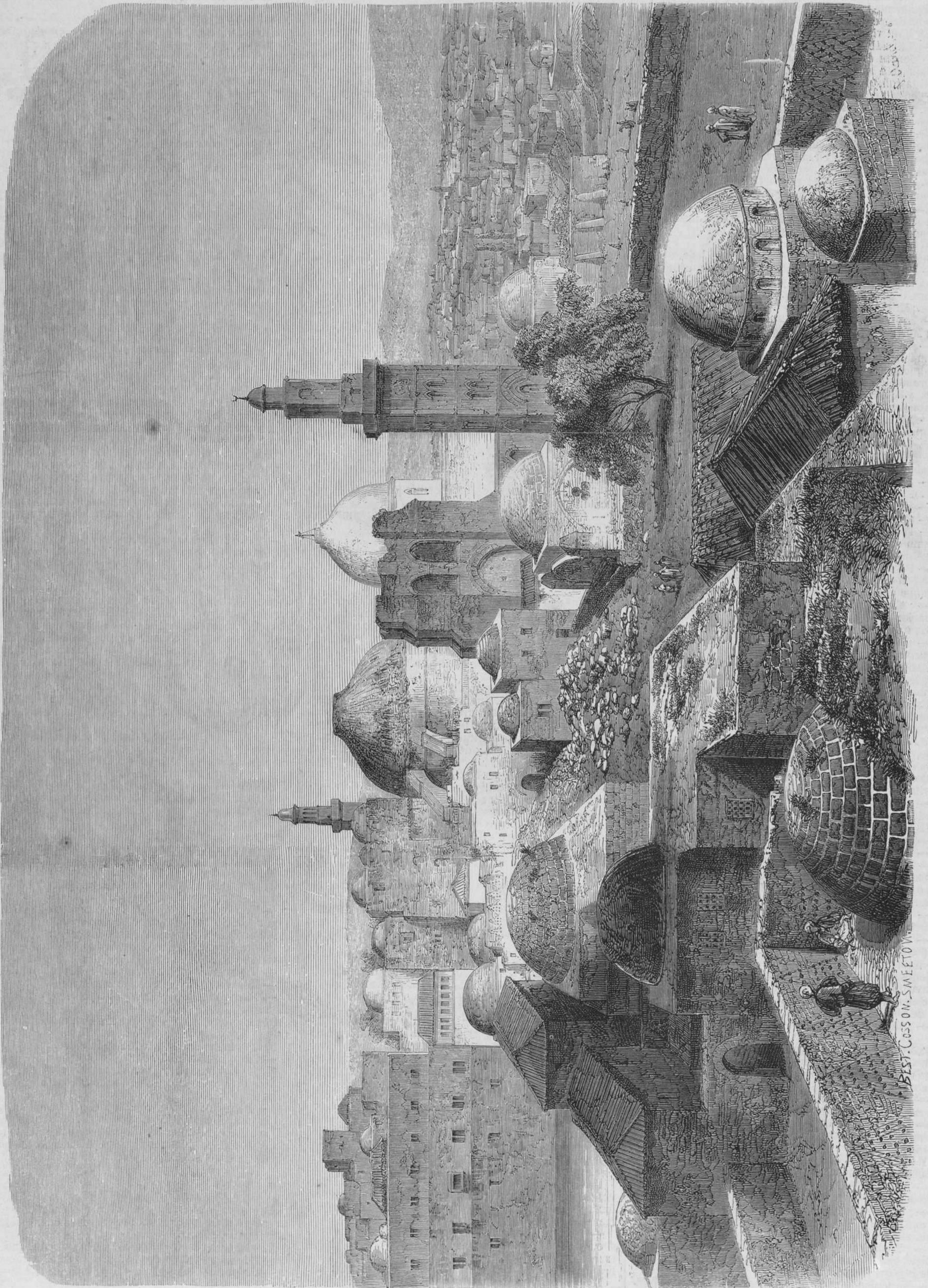
— ¿Y cómo es eso?
— La señorita Duravin es hermosa.
— ¿Y qué?
— Yo no lo soy.
Alfredo la miró con atención, lo que no había hecho hasta entonces. No le pareció bonita, sino encantadora.
Sin embargo, el lacayo de la señora Duravin cumplía puntualmente su peregrinación cotidiana á Moriez; pero tenía recibida la orden de no atravesar los umbrales de la casa del doctor, y nunca se ponía en camino sin haberse atestado los bolsillos de pomitos de vinagre y de éter.
— Ya ves cómo nos tratan en la Martiniere, se complacia en decir el implacable Carlos; aun cuando todos tuviésemos la fiebre amarilla y esta casa fuese un lazareto, no inspiraríamos un terror mas grande á esas dos personas sin tacto y sin corazón.
— ¡Ah! mi querido Carlos, interrumpió entonces Alfredo, sé menos duro con esas dos señoras; pues una será mi esposa y otra mi suegra.
— Tanto peor, pero al cabo y al fin eso es cosa tuya y no mia. ¿Y cuándo harás tu entrada triunfal en esa bendita casa? como decias poéticamente el día que llegamos á esta aldea.
— Pronto, al fin de la semana, segun creo.
— Muy pronto es.
— ¿Y por qué?
— Porque las señales de la enfermedad están todavía visibles en tu cara.
— M. Meslier asegura que antes de un mes no se conocerán.
— Espera pues á ese tiempo; es mas prudente.
— ¿Crees tú que el amor de Julieta dependa de cosa tan leve?
— ¡Eh! amigo mio, ¿quién sabe de qué depende el amor?
— ¡Cómo! ¿Te atreverias á pensar?...
— No pienso nada; me contento con saber lo que sé.
— ¿Y qué sabes?
Carlos no respondió.
— Vete al diablo con tus reticencias. ¿Quieres hablar?
— No me interrogues, respondió Carlos solemnemente.
— Eso es otra cosa; á tanta solemnidad, no me queda mas recurso que callarme.
E hizo como que se alejaba.
Sucedió entonces lo que sucede por lo regular. En cuanto Alfredo pareció indiferente á la confidencia de Carlos, este ardió en deseos de confiar el secreto á su amigo.
— Has de saber pues... le dijo con una voz lúgubre.
— ¡Yo! interrumpió Alfredo, no quiero saber nada.
— Pues quiero sepas por fin, porque juzgo á las mujeres con una severidad que á menudo me has echado en cara. He tenido tres amores en mi vida. Tres amores formales. La primera vez estaba en los veinte años, y dejando aparte la vanidad, te aseguro que era entonces lo que se llama un guapo mozo, en la mejor acepción de la palabra. Pues bien, querido amigo, un día rompieron bruscamente con mi ternura, con mi belleza y con mis veinte años... ¿y adivinas por qué?... Porque en un baile, en medio de una contradanza cometí la torpeza de resbalar en el suelo y de caer de un modo un tanto ridiculo, segun dijeron las contemporáneas.
— ¿Y la segunda vez? preguntó Alfredo riendo.
— La segunda vez mis desastres amorosos provinieron de que me encontraron montado en un pollino en el bosque de Montmorency.
— ¿Y la tercera? exclamó Alfredo que no podía dolerse bastante de las desgracias de su amigo.
— Fue hará cosa de un año, respondió Carlos. Una mañana tuve la idea de afeitarme patillas y bigotes, y al día siguiente Dalila notificaba su licencia absoluta al pobre Sanson pelado como un recluta. Hé ahí, amigo, de qué depende el amor.
— El amor de Julieta es de otra especie, dijo Alfredo, y aun cuando la enfermedad me hubiese dejado el rostro como una espumadera, lo que no es así, estoy seguro de su cariño como lo estoy de su corazón.
— Eso es lo que hemos de ver, pensó Carlos.
Un mes había trascurrido; el semblante de Alfredo había vuelto á tomar su blancura primitiva sin que el joven hubiese pensado en despedirse del médico y de su hija.
Carlos pasaba los días en la caza; y en cuanto á Alfredo, las horas volaban rápidas para él en conversaciones con Margarita.
Siempre estaba á su lado, y la acompañaba en las visitas que aquella bondadosa joven prodigaba á los pobres y á los enfermos del contorno de su aldea.
Por todas partes bendecían el dulce nombre de Margarita, quien á pesar de la escasa fortuna de su padre, hallaba modo de socorrer muchos infortunios. Cosía con sus manos las envolturas para las madres de familia; llevaba alimentos á los ancianos, y á todos hablaba ese lenguaje que inspira la paciencia, la resignación y la esperanza.
Un día, á la hora en que el enviado de la señora Duravin llegaba á Moriez, Carlos se paseaba por el camino fumando y esperando con impaciencia la llegada del mensajero.
— Es tiempo, se decia, de que realice yo mi propósito. O no soy mas que un colegial y no conozco el corazón femenino, ó dentro de veinte y cuatro horas habré arrancado la venda que cubre los ojos de Alfredo.
Estaba hablando así, cuando alzó la cabeza y distinguió al criado.

— Es inútil que vayais mas lejos, dijo deteniendo al caballo por las riendas; mi amigo está bueno ya, y pienso tener el honor de presentarme mañana en la Martiniere.
La madre y la hija prevenidas por el criado se habían puesto sobre las armas: bonitos vestidos, las cintas mas elegantes, los encajes mas finos, las mas preciosas joyas.
— Bien venido seais, mi querido M. Deslaurius, le dijo la señora Duravin. Sé toda la parte que os corresponde en la resurrección de Alfredo, y os doy gracias en mi nombre y en el de mi hija. Esta salvado ¿no es cierto?
— Gracias á Dios, señora.
— ¿Y le veremos pronto?
— Pienso que mañana ó pasado.
— Y decidme, mi querido amigo, ¿le ha cambiado mucho esa cruel enfermedad?
— ¿Moral, ó físicamente?
— De ambos modos.
— Pues moralmente, Alfredo es siempre el mismo. Como le habeis conocido así le encontrareis, bueno, sincero, leal, caballeresco, y aun mas enamorado que en Paris de la señorita Julieta, si esto fuera posible, añadió dirigiéndose á la joven.
— No podría explicaros cuánto me regocijan vuestras palabras, repuso la señora Duravin. ¡Mi querido Alfredo! Esa pintura corresponde muy bien á la opinión que me ha inspirado. Estoy cierta de que asegurará la felicidad de mi hija, y que Julieta se enorgullecerá de llevar su nombre.
— Físicamente... continuó Carlos.
Julieta aplicó el oído.
— ¿Cómo? exclamó la señora Duravin.
— Físicamente, continuó Carlos, no debo disimularos que Alfredo está desconocido. La enfermedad ha estropeado su cara. Pero ¿qué es una hermosura esencialmente perecedera al lado de las cualidades eternas del corazón?
— En fin, ¿está muy feo? se atrevió á decir Julieta.
— ¡Ay! señorita, mi respeto á la verdad me obliga á convenir en ello; además, en breve tendreis ocasion de juzgar por vuestros propios ojos.
Las dos señoras guardaron silencio y cambiaron entre sí una rápida mirada, cuyo sentido era poco enigmático.
— ¿Nos habeis dicho, repuso la señora Duravin, que vuestro amigo se propone venir á la Martiniere á fines de la semana?
— Tal es su intención.
— ¿Y no pensais como yo, que obraria mas cuerda-mente volviéndose á Paris? ¡La ciencia posee secretos tan maravillosos! ¿Quién sabe si no existe una pomada, un bálsamo susceptible de devolver á su rostro lleno de costurones la forma y su gracia primitivas? Nuestros médicos de aldea hacen todo cuanto pueden, pero la desgracia es que no pueden mucho. ¿No creéis como yo, que debería consultar á los príncipes de la ciencia?
— Es una idea luminosa, y voy al punto á comunicarla á mi amigo, dijo Carlos, que se levantó y se despidió de la madre y de la hija con un saludo ceremonioso y frio.
— Vuélvame yo calvo y pierda todos mis dientes, si pongo otra vez los pies en esta odiosa casa, exclamó cuando hubo cerrado la puerta del salón.
Su caballo le esperaba ensillado; de un brinco se plantó en él y se alejó á trote largo.
— Querido mio, dijo á su amigo, paga al médico, hagamos nuestros cofres y huyamos cuanto antes, pues ya nada tenemos que hacer aquí.
— ¿Qué quieres decir?
— Que si te casas con Julieta, yo no te vuelvo á ver en mi vida.
Y le descubrió el lazo que había tendido á la señora Duravin y á su hija, contándole la recepción que le había sido hecha en la Martiniere.
— Te despiden porque te creen pecoso de viruelas, dijo al concluir; yo presumo que no cometerás la insigne tontería de desengañar á esas dos señoras.
Contra las previsiones de su amigo, Alfredo oyó esta relación con una indiferencia señalada.
— Vaya, ¿nos vamos? preguntó el impaciente Carlos.
— No, respondió Alfredo, yo me quedo.
— Pues yo me voy, y busca otro padrino; me das lástima.
Por toda respuesta Alfredo tomó á su amigo de la mano y le llevó á la ventana de su cuarto.
Esta ventana daba á la calle de la aldea.
— Mira, exclamó Alfredo.
Carlos levantó la cortinilla de muselina y distinguió á la hija del doctor que estaba dando la sopa á media docena de pobres.
— Mi querido amigo, continuó el joven, ahí tienes á mi esposa. Amaba á Julieta con la cabeza; á Margarita la amo con el corazón. Ahora creo que aplazarás tu marcha y que no te negarás á ser el padrino de mi boda, añadió con una sonrisa.

Margarita Meslier, hoy casada con Alfredo Senechal, es seguramente una de las mujeres mas distinguidas y mas felices de Paris.

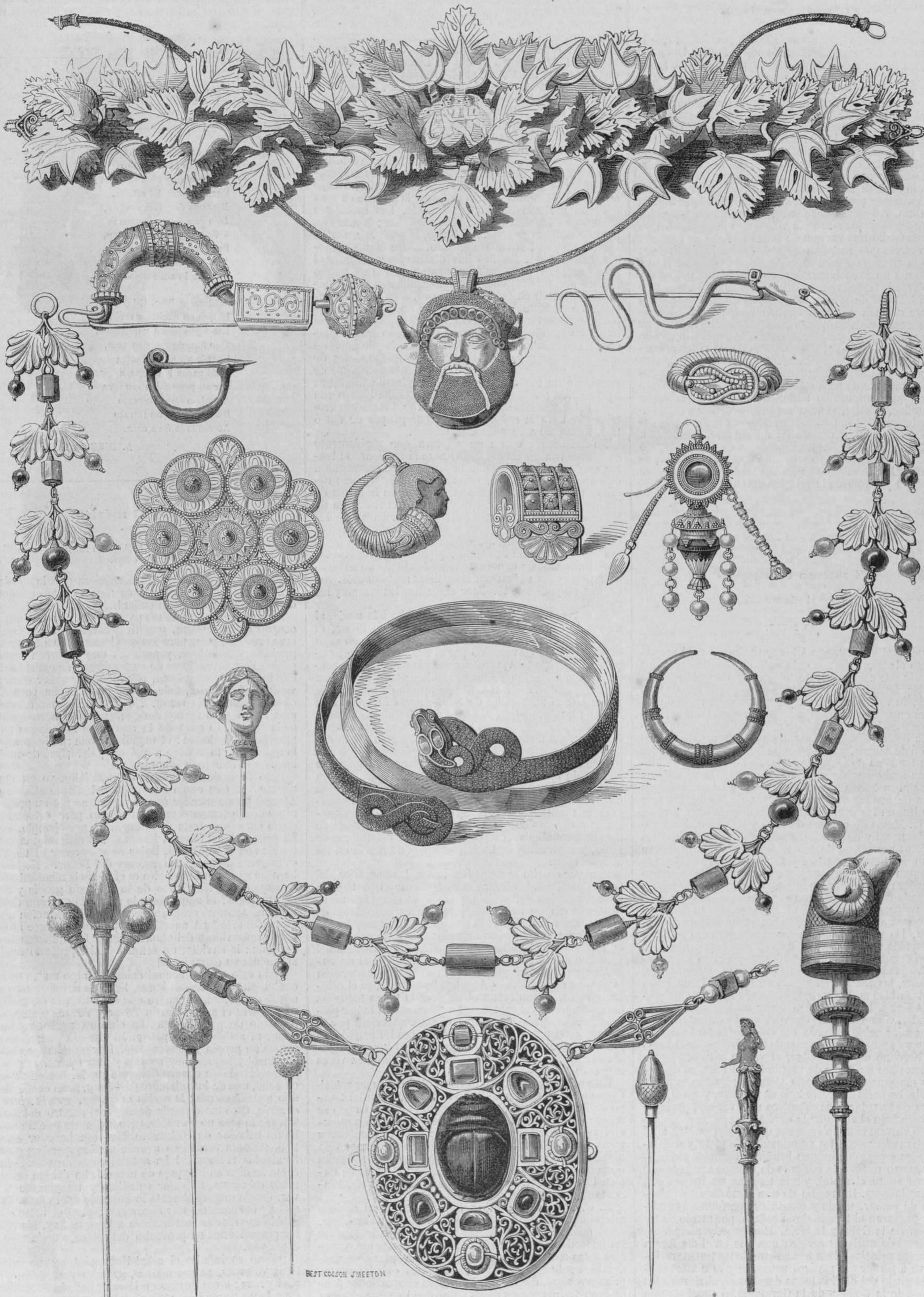
No podría decir otro tanto de Julieta Duravin, que seis meses despues se casó con el marqués de X....

— Un partido soberbio, decia su madre.



BEST. COSSON. S. MEETON.

Vista de la cúpula del Santo Sepulcro en Jerusalen.



EL MUSEO CAMPANA. — Joyas.

BEST COXSON J. MEETON

El Santo Sepulcro.

Recientemente han anunciado los periódicos que la Francia se ha puesto de acuerdo con la Puerta Otomana para la restauración de la cúpula principal del Santo Sepulcro. Ante todas cosas conviene que se pronuncie aquí el nombre de un hombre cuyos constantes esfuerzos han motivado esa grande decisión. Quince años hace quizá que M. de Barrere, cónsul de Francia en Jerusalem, trabaja en favor de esa medida entorpecida sin cesar por la rivalidad de las diferentes sectas católicas. Hace pocos meses aun asistía yo en la iglesia del Santo Sepulcro á las ceremonias que se celebran en la tumba de Jesus, lo que no dejaba de envolver cierto peligro para la piadosa muchedumbre allí reunida; en efecto, la cúpula que protege el monumento sagrado se hundía cada día, y dejando caer sobre la multitud fragmentos de materiales amenazaba la vida de los peregrinos. Uno de estos salió una vez con un brazo roto.

Es cierto que trataban de gobernarla hacia tiempo; pero la cuestión estaba en saber quién se encargaría de la obra, á fin de reclamar despues la posesion del todo y arrojar á los demás cultos del recinto sagrado.

La historia de la usurpacion de los santuarios, de la guerra armada que cada cual se ve en la precision de sostener allí cada día para conservar el derecho de orar en ciertos lugares y á ciertas horas, es por cierto una de las cosas curiosas del Oriente, una de las cosas aflictivas de la civilizacion cristiana. El espíritu invasor de los griegos sobre todo, ha creado serios peligros á nuestros pobres monges de la tierra santa, durante el largo tiempo en que han estado abandonados; pero gracias á monseñor Valerga, el animoso patriarca latino cuya mitra y báculo podrian reemplazarse con el casco y la espada del paladin, gracias á M. de Barrere, y gracias á las fundaciones de M. Ratisbonne, se está efectuando una nueva cruzada, cuyo resultado notable para la Francia, es haber terminado en fin tan largas contestaciones en honra y gloria de la religion católica.

H. DE M.

El museo Campana.

(Véase el número 495.)

LAS JOYAS.

Suplico al lector tenga á bien seguirme por el pensamiento al atrium de una casa antigua adonde daban los *cubicula* que servian de dormitorios y de gabinetes de tocador. Levantemos ese pesado cortinaje de tela de lana y seda de variados colores, y penetremos en una de las piezas en que se vestian las señoras romanas. En el suelo se extiende una magnífica alfombra tejida, con presencia de los dibujos de algun entendido artista de Corinto ó de Atenas, por obreros de Babilonia. Las paredes están tendidas de elegantes telas de lana blanca de Altino con arabescos de oro en sus puntas. Los hacheros de cristal sostienen voluminosas velas de cera. De cajas y piés de bronce cuelgan lamparas de las formas mas variadas, en las cuales arderá el aceite de rosa y el de jazmín. Mesas de madera de arce y de cedro, incrustadas de marfil y de concha, sostienen vasijas, cofrecillos y objetos preciosos. En sus nichos correspondientes se elevan estatuas de mármol y de madera dorada que representan faunos y amores, y en una cama de descanso de madera olorosa, hay una porcion de pieles de topo y almohadones de plumas con sus fundas de seda.

La noble señora acaba de levantarse. En su derredor se mueven á sus órdenes las numerosas mujeres que la sirven, las esclavas del tocador; primero las *vetipices* encargadas de esa porcion de vestidos cuyos nombres varian segun las formas, los adornos y el uso á que están destinados, como las tunicas *espesas*, *transparentes*, *bordadas*, los *sobretodos*, etc. y en fin la *stola*, la larga vestidura blanca de las matronas de la Roma de los primeros siglos, la *stola* que á pesar de los caprichos de la moda, vino á quedar como el vestido característico de la mujer noble. Cuando á la caída de la tarde la cortesana se pasea bajo los arcos de los pórticos de Octavio ó de Neptuno dejando ondear al viento la túnica ligera que descubre un brazo de mármol ó un hombro desnudo, la matrona anda cubierta hasta los piés con la púdica *stola*. La *palla* envuelve toda su persona, y apenas esa esposa de senador ó de caballero deja ver una parte de su rostro bajo el velo que le oculta.

Pero volvamos á las esclavas que la sirven. Hé aquí las *adornadoras* con los aguamaniles de plata y presentando los espejos de bronce bruñido, ligeramente cóncavos, cuyo revés está cargado de dibujos trazados por el buril sobre el metal, y que termina un mango con muchas labores. En medio de una atmósfera embalsamada de ámbar, nardo y otros ricos perfumes, las *cosmetes* preparan el tocado de su señora, por medio de los jabones de la Galia y la Siria. Esa larga y abundante cabellera de azulados reflejos que aun en el día forma la riqueza principal de la hermosa de las transteverianas, va á perder sus matices naturales y va á tomar segun el gusto del día los tonos dorados ó cobrizos de las mujeres de la Galia y de la Germania, ó aquel tostado color que las venecianas pusieron en moda en el siglo XVI.

En ricos canastillos de plata cincelada sobre los cuales se leen largas inscripciones compuestas en honor de la matrona á quien pertenecen, están las alhajas encerradas en cofrecillos de bronce finamente esmaltados. Consisten estas joyas en diademas y coronas de oro de trémulo follaje, en las cuales se enroscan cordoncillos de perlas casi invisibles; sus hojas muy delgadas en las que hay aplicadas hojas de haba ó de otra planta, presentan guirnalda de yedra con discos que son obras maestras de los artistas de la Grecia y de la Etruria. Se ven tambien collares de mil formas, unos con sus hojas de oro unidas por sus pediculos, y con frutas redondas figuradas por granates y esmeraldas opacas, y otros con hilos de esmeraldas entremezclados de bolas de oro. Los collares de escarabajos egipcios son los mas numerosos. Hay además sortijas con engarce de perlas, ó cuyo escudo de diferentes formas presenta la cifra de su ama ó algun grabado hábilmente trazado. Los brazaletes constituyen igualmente una rica coleccion; la *armilla*, hoja de oro que se arrolla al brazo, la *periscelis*, sortija maciza que se lleva sobre el codo. Entre tantas riquezas, los alfileres, los broches destinados á sostener el borde superior de la *palla*, ocupan tambien un puesto importante, así como las largas horquillas para la cabeza que rematan en estatuillas de oro, ó en piedras preciosas, ó en bolas de oro granulado; en Roma y en Nápoles se conserva todavia esta moda del pasado. Hé aquí ahora los pendientes compuestos del modo mas caprichoso y elegante. Los unos están formados de gajos de uvas figurados por perlas de esmalte y suspendidos de discos de oro de esmerado trabajo; otros son ánforas de granate ó de piedras preciosas rodeadas de filigrana; aquí se ven rosetas, allí cisnes de esmalte blanco con alas, patas y cuello de oro, y por último, los anchos crotalos que lleva la señora romana por grupos de dos ó tres, formando arracadas estrepitosas.

No continuaré esta nomenclatura que rápidamente se convertiría en un catálogo; pero si suplicaré al lector que mire con atencion la lamina que acompaña á este artículo. El dibujo, que suplirá la descripción escrita, proclamará bastante la variedad en la forma de las joyas, la elegancia, gusto y esmero en el trabajo de los operarios de la antigüedad, y en particular de los joyeros etruscos. Nada mas acabado en efecto, que el trabajo de esas figurillas, esos cordoncillos, esas trenzas menudas y esas cadenas, y puede decirse que los procedimientos de aquel arte tan adelantado no se igualarian en el día ni aun por los artistas mas famosos. Así es, que no pudiendo rivalizar con ellos, los imitan y los copian.

De esta manera la antigüedad ha vuelto á la moda, al menos en el ramo de joyería. Un platero de Roma, el señor Castellani, ha resucitado el gusto etrusco, en cuya empresa ha sido favorecido por el tiempo, por ese tiempo que destruye tantas cosas y que sin embargo, ha conservado la tradicion de los procedimientos que usaban los obreros de la Etruria. El que un día de mercado se pasea por el pueblecillo de *Sant-Angelo in vado*, á la falda de los Apeninos, puede ver á las hermosas jóvenes de la Umbria con sus mas bellos aderezos: sus collares, las horquillas en cuyo derredor se enroscas su negra cabellera, los *navicelles*, esos largos pendientes que bajan haciendo ruido hasta la mitad de la garganta, toda esa joyería de aldea que preciso es confesar adolece de un gusto un poco rústico, conserva en los procedimientos de ejecucion la tradicion de la antigüedad. De ese lugarejo de la Umbria sacó el señor Castellani los diestros operarios á quienes enseña el arte de imitar las formas de las antiguas alhajas, que llevan hoy todas las señoras de Italia, y cuya moda se ha introducido en Francia en los últimos años.

Pero por mucho que puedan hacer los operarios del señor Castellani, las imitaciones están muy lejos todavia de la perfeccion del modelo, y las joyas etruscas se buscan cada día mas ardentemente. Estos buscadores de joyas vienen ya de lejos; Benvenuto conocia muy bien á los *contadini* que bajaban todos los años de la Sabina, de la Umbria y del Latium para cultivar los viñedos del contorno de Roma, y que llevaban en pos de sí un enjambre de *cercatori* que seguian con la mayor atencion las faenas campestres. « Aquellos hombres, dice el célebre platero, encontraban al cultivar la tierra medallas antiguas, ágatas y camafeos; á veces solian hallar piedras preciosas que los *cercatori* les compraban por lo comun á un precio infimo. Varias veces he pagado yo por esas piedras tantos escudos de oro como *jules* pagaron ellos, y tambien he solido revenderlas diez veces mas caro de lo que me costaron. »

Este cálculo de Benvenuto Cellini le hacen aun actualmente los mercaderes de Roma, y lo mismo que en tiempo de Benvenuto, existe el importante mercado á que se refiere. El punto general de la reunion entre los *cercatori* y los labradores se extiende de la *via Montanara* hasta *Santa Maria in Cosmedin*. El mercado romano da mucho de sí; pero la explotacion de estas antigüedades tiene su centro mas importante en Santa Maria de Capua, bajo la razon comercial *Doria, de Pasquale, Vincenzo Caraso y compañía*.

M. E. Piot ha publicado sobre la materia un curioso artículo, en el periódico titulado el *Cabinet de l'amateur*, en el cual se hace la historia de estas expediciones de los buscadores de oro en la tierra de la Campania, y gracias á las cuales los museos se han enriquecido considerablemente en estos últimos tiempos. « En los cuatro primeros años, dice M. E. Piot, esas excavaciones produjeron treinta y seis onzas de oro, sin contar algunas vasijas pintadas y muchos objetos de cristal; ahora bien, como hace diez años que duran, sin exageracion se pue-

de calcular que han doblado la cantidad de joyas antiguas de oro que hasta aquella época conociamos en Europa. »

H. L.

El paleta y el retrato.

FABULA.

En casa de un retratista
Un paleta vió colgados
Retratos muy bien sacados
Por el pincel del artista.
Despues de pasar revista,
Dijo con cierto desden:
« Voy á ver otro almacén,
Pues mi retrato deseo,
Y entre tantos ni uno veo
Que á mi cara venga bien. »

Llámesese Blas, Gil ó Luis,
El que en naciones vecinas
Las leyes busca y doctrinas
Que han de regir su país,
Es solo un chisgaravis;
Y mi razon le compara
Por su pretension tan rara
Al paleta que insensato
Iba buscando un retrato
Acomodado á su cara.

A. RIBOT y FONSERE.

Tributo al mérito.

L'éloge du talent est un instinct du cœur.

No hay cosa que mas tiento requiera que la verdad, decia Platon; porque tanto es menester para saberla decir, como para saberla callar!...

Prudente advertencia me parece esta, para los que se ocupan de la censura, que tiene siempre sus riesgos; mas prudente aun, para los que hacen gala de ser ingeniosos y decisores, y para los que se creen con la mision de reformadores de costumbres y de extirpadores de abusos y de engaños... ¡Es menester saber decir la verdad! ¡Y ademas, toda verdad no es hecha para decirse! Platon tenia razon. No hay nada que requiera mas tiento para manejarse que el espejo hermosísimo de la verdad. El aura de la adulacion lo empaña: las pasiones lo enlodan: el orgullo lo vela: la ignorancia lo quiebra y lo reduce á polvos. ¡Ah! ¡Qué de males hace en el mundo la ignorancia!

Pero fuera de aquellos casos especiales, yo creo que alguna vez (sin enojo sea dicho del *divino* filósofo de Atenas) puede suceder que la verdad no sea un peligro, ni que exija tampoco un gran talento para ostentarse; como cuando se trata de bellas artes, por ejemplo, y de los primores del talento. Entonces, el disimulo, la reticencia son mezquindad. Dejar de encarecer el mérito, es negarse á cantar las glorias del Señor. ¿No es el hombre su mejor obra? ¿No es el genio la manifestacion de su poder? ¿No vienen de lo alto toda gracia y todo don perfecto? Si admiramos la rosa y la azucena de los campos, ¿porqué rehusaremos nuestra admiracion á las obras del arte? ¿A aquellas en que mas se luce la potencia maravillosa del alma humana? La indiferencia es estúpida: la envidia, un crimen. ¡Ah! ¡cuándo tendrá la envidia su ostracismo!

Todo esto pasaba por mi cabeza y algo mas, cuando contemplaba, hace dos horas, lleno de satisfaccion y de orgullo nacional, el cuadro que enviará á la exposicion de Londres el señor Martin Tovar y Tovar, pintor venezolano de gran mérito. La obra es acabada y hará honor al artista y á la patria. El diseño es correcto, la expresion propia y conveniente. Hay mucha precision de pincel y toques muy sobrios y muy felices.

Apreciando un cuadro delicioso que M. Berton expuso en 1855, uno de los miembros del *Jury*, gran conocedor, dijo sencillamente: *la accion es cómica, pero la pintura es seria*. Otro tanto puede decirse del cuadro del señor Tovar: la idea no es noble, pero la pintura es eminente. Es un bebedor de costumbre. Mas ese bebedor es un tipo. ¡Cuánta verdad en aquella semi-suspension de las facultades racionales! La aptitud es tan natural que, como se dice en lenguaje de escuela, ha debido ser tomada *ad vivum*. El color es sólido y transparente á la vez, dando magistralmente la impresion del clima. Casi no hay detalles; no hay accesorios; pero el artista ha sabido guardar su importancia á los que hay, sin querer perjudicarlos en provecho del rostro, donde vive la expresion.

¡Cómo es infinito el arte! Unos pintores necesitan tipos virgenes, paisajes nuevos, grandes perspectivas de azul y rosa; otros buscan un interior bañado de sombra, fisonomías tranquilas, reflejos dulces; aquellos se inspiran de las creencias religiosas, de las leyendas históricas; estos en fin, de las costumbres y de los caracte-

res... M. Bonvin, á quien tal vez conoce bastante el señor Tovar, hizo un cuadro soberbio representando una palmatoria con una vela, ni mas, ni menos. Aquello es un poema de intimidad doméstica. Una puerta medio abierta da entrada á una columna de aire que hace correr la vela. Gota á gota deslizándose el sebo, ha llegado á formarse una cascadita sobre la palmatoria de cobre. La mecha alargada por la súbita deperdicion de la materia grasa se inclina, dejando caer un fragmento de ceniza sin consistencia, por causa del calor que ha dilatado los elementos. El hueco de la palmatoria, mayor un poco que el calibre de la vela, permite que esta se incline y es causa concomitante del suceso desgraciado de irse la vela... ¡Qué tema! M. Chardin, el pintor elogiado por Diderot, no queria otros. Del mismo modo nuestro compatriota Tovar ha hecho un cuadro excelente de un motivo estéril. ¡Un bebedor de costumbre! La estética tiene poco que ver con este sugeto... però el cuadro es rico de perfeccion. Es que el señor Tovar posee una de las mas maravillosas organizaciones de artista; y el genio sabe crear.

El Bebedor marchará á Europa. Allá tendrá su puesto en la Exposicion de Lóndres junto con las bellas telas de Diaz, de Vidal, de Meissonnier, de Jardin, de Salmon y de tantos otros entre los cuales es digno de figurar. Allá se hablará de Venezuela, y acaso no faltará quien diga: « Este cuadro viene del otro lado del Atlántico: allí hay artistas y hay talentos, tanto mas admirables, cuanto que son dignos de la inspiracion en medio de la ruina y de la desolacion. ¡Qué bello cielo es el de la América!

Reciba el señor Tovar la honra que le es debida; y prepare otros motivos al encomio; que nunca corre la pluma mas ligera y sueltamente (al menos la pobre pluma mia), que cuando escribe alabanzas al talento venezolano.

Caracas, marzo 21 de 1862.

FELIPE LARRAZABAL.

España en Lóndres.

(Continuacion.)

CARTA QUINTA.

Para responder á la pregunta formulada al final de nuestra carta anterior, se necesita que digamos cómo están representadas las bellas artes de los diferentes paises en el palacio de Kensington, y cuál es la síntesis filosófica que en nuestro sentir se desprende de este variadísimo certámen.

Ante todo convendrá manifestar que las obras artísticas expuestas en las galerías exteriores del palacio ascienden á 6,000, y que tan considerable número de objetos, merecedores cada cual de exámen y estudio detenido, no puede abarcarse en conjunto sino imperfectamente, mucho mas si los ojos que lo miran carecen, como sucede ahora, de la maestría necesaria para juzgar pronto y con exactitud. Ténganse pues los juicios que vamos á emitir por la expresion primera del viajero que mira escribiendo y escribe mirando sobre cosas para cuyo exámen se requiere un mirar seguro y un escribir no débil interpolados con ciencia y meditacion.

Sentado esto, preguntémosnos á nosotros mismos: — Las bellas artes, tal como están representadas en la Exposicion de 1862, ¿revelan progreso ó decadencia?

Una mirada general á las galerías nos indujo rápidamente á decidirnos por el segundo extremo. Las bellas artes no nos parecieron en progreso durante la primera visita que hicimos á los largos salones que los contienen. ¿Qué atmósfera viciada, qué tono repulsivo existe en aquellas magníficas galerías, para que fuera así la impresion producida por tantas obras notables, fruto escogido de la privilegiada imaginacion de 5,000 artistas, colocadas además con toda la magia del buen gusto en los salones de un palacio opulento? — Nosotros mismos no sabemos expresarlo; pero á la manera que en un bello jardín con calles tiradas á cordel, enarenadas de brillante polvo, cruzadas por arroyos cristalinos, entoldadas por las copas de árboles simétricamente guiados, revestidos de flores vivas y olorosas, solemos no experimentar las mismas plácidas sensaciones que en un severo campo de suelo desigual, de vegetacion salvaje, de aromas sin esencia, de horizontes sin formas, de ruidos sin melodía, — y á pesar de todo, en el primero no faltan ninguno de los perfiles de la belleza y del arte, así este conjunto de primores artísticos, mas bello que sublime, menos monumental que atildado, no impresionó nuestra alma al modo que tenemos costumbre de sentir cuando penetramos en un museo, siquiera sea escaso en obras de artistas eminentes.

Y es que la visita á un conjunto de bellas artes tiene dos tiempos, breve el uno y dilatado el otro; pero dos tiempos que guardan correlacion perfecta, aunque el primero es hijo de impresiones tumultuosas y el segundo de reflexion prudente y tranquila. Si el observador no experimenta, en medio de un salon rodeado de pinturas ó estatuas, algo que eleve su alma á regiones desconocidas, algo que separe su imaginacion del placer ordinario que percibe ante bellezas vulgares de las que admira diariamente, bien puede asegurar que el exámen prolijo de los objetos aislados no le curará del desentono en que le hizo caer el aspecto general de la

galería. Hay en los ojos que no miran una prevision asombrosa que casi nunca engaña; y así como el ciego conoce por el ruido la extension del salto que debe dar para pasar el arroyo, así el alma conoce por las primeras impresiones de la vista la extension del placer á que va á conducirla el detenido estudio de los objetos que la sorprenden.

¿Pero cuál es la causa de esta opacidad, digámoslo así, que se nota en la exposicion de bellas artes de 1862?

En nuestra segunda carta, y á propósito del edificio ideado por el capitán Fawques, decíamos que el siglo presente, acusado de no tener pensamiento artístico propio, lo tenia y muy original sobre la base utilitaria, que partiendo del ferro-carril que une á todos los pueblos, hace escala en los palacios de las exhibiciones que congregan todas las inteligencias, y terminará en la fórmula concreta que satisfaga todas las necesidades y reasuma todos los gustos. Pues bien: á la manera de la arquitectura, las otras artes, sus hermanas, tienen tambien en el siglo actual tendencia fija y pensamiento propio; solo que esta tendencia y pensamiento se hallan en vias de transicion, habiéndose separado mucho del sublime antiguo sin encontrar todavía la verdadera fórmula del sublime moderno. ¿Llegarán á encontrarlos alguna vez? ¿No existe mas que un ideal para las bellas artes?

Cuestiones son estas que se agitan ahora como nunca entre las grandes inteligencias de la filosofía, y sobre las cuales no nos atrevemos á decir una palabra siquiera; pero consignemos que el carácter de la pintura contemporánea (pues la escultura no ha dado un paso ni creemos que pueda darlo) es única y exclusivamente lo que se llama género. El género es la fórmula aceptada por la pintura moderna; el género es lo que agrada al público en general; el género es lo que se pide al pintor y lo que se le paga; de género están llenas las galerías del palacio; género es lo que contempla el observador por donde quiera que tiende la vista, y aquí queda explicado el aplanamiento, el desentono con que se recorre el conjunto de las galerías aun antes de detenerse á contemplar los cuadros. Porque género es el pais, género el retrato, género la vida sencilla de los niños, de los animales y de los campos; género las acciones parciales de la milicia; género la comedia, el drama, la sensiblería; y como de los 4,000 lienzos ó papeles extendidos por las paredes de Kensington, 3,000 por lo menos son paisajes, ó retratos, ó niños, ó labriegos, ó animales, ó flores, ó encuentros de soldados, ó tipos extravagantes de la sociedad, ó escenas de la vida doméstica, ó enfermedades desgarradoras, ó catástrofes del mundo comun; es decir, lo que se ve en la calle, en paseo, en el teatro, en visita, en el seno del hogar, en el camino ó en la pradera, donde quiera que hay humanos y naturaleza muerta ó viva, forzoso es que la impresion causada por estos objetos, aunque en ellos exista la magia de la verdad, aunque el ingenio los adorne con sus grandes recursos, nunca sea la impresion sublime que produce la historia, la religion, el patriotismo, la caridad, el entusiasmo, la fe y todos esos resortes que constituyen el inmenso, el único, el sublime ideal de las bellas artes.

Ya se ve, el público observador se ha agrandado mucho, porque se han extendido y generalizado las riquezas; hoy miran y juzgan de las obras de arte infinito número de gentes que antes las desconocian ó desdénaban; los ojos profanos de la multitud se fijan ahora en las artes como quien tiene el derecho de comprenderlas, aunque no tenga la obligacion de estudiarlas, y á ese público, á esa multitud casi indocta le es mas facil juzgar, le es mas agradable percibir (nosotros creemos que con razon) las bellezas comparativas del mundo en que vive, el parecido del retrato, por ejemplo, la travesura del adolescente, el cansancio del soldado, la evangélica sumision de la hermana de la caridad, el efecto de luz, el brillo de los trajes, el matiz de las flores y cuanto constituye el género, que no la dualidad de virgen y de madre en el rostro de Maria, la fe ardiente é instintiva del apóstol, el alto pensamiento que se oculta bajo la frente del descubridor de un mundo, la infinita gracia que respira el rostro del mártir, los inexplicables y nunca mas que por el pincel reproducidos efectos de las muchedumbres humanas que representan los pasajes de la historia.

Por otra parte, el artista á quien la perfectibilidad de la educacion moderna le proporciona facilmente los medios de imitar al mundo en sus formas exteriores; el artista que cuenta con el auxiliar de la fotografia, ese reductor matemático de la verdad, que cuenta con las leyes de la perspectiva, con la teoría exacta de los matices, con la historia analítica de la manera de los grandes pintores; que cuenta, en fin, con el candal del grabado y por consiguiente con la posesion de los museos á poca costa; el artista que tiene bajo su mano todos los elementos del facil hacer, y un numeroso público que se contenta con eso, usa primero y abusa despues del género, sin detenerse en mayores especulaciones, ensanchando indefinidamente su esfera de accion, y acercándose tanto mas al oficio y al lucro cuanto se separa del arte y de la gloria.

¿Es esto un mal en absoluto? Nosotros creemos que sí. ¿Es esto un mal eterno é irremediable? Nosotros creemos que no. El género ha desarrollado la pintura moderna; el género ha restaurado y generalizado la aficion de las gentes de dinero; el género es una especie de canal por donde corre ahora abundantemente lo que se estancaba y perdía por falta de circulacion; y si el género bastardea hoy el arte, si le desnaturaliza, si le pospone á otras atendibles circuns-

tancias, él mismo se rehará insensiblemente, como en esta exposicion ya se anuncia, y constituirá una pintura, no sabemos si mejor ó peor que la antigua, si mas ó menos filosófica, si mas ó menos grande, pero pintura especial, característica, armónica del siglo XIX, porque el siglo XIX es un gran siglo y no puede dejar de tener pintura.

Las bellas artes, lo repetimos, están en decadencia en la Exposicion de Lóndres; pero para nosotros en decadencia pasajera: no se han acabado los artistas; ahora hay mas que nunca: no se han acabado los medios; ahora hay mas que nunca: no se ha acabado la aficion; ahora renace como nunca: lo que se ha acabado es una manera universalmente aceptada por sublime, sin que la sustituya inmediatamente otra manera cuya sublimidad queda reconocida y aceptada: lo que se ha acabado es el mundo antiguo, sin que aparezca todavía la fórmula genuina del mundo moderno. Ella vendrá, la exposicion lo dice.

España... (permítasenos la irreverencia de hablar de nuestro pais antes que de ninguno) España representa, bajo el punto de vista á que nos hemos referido antes, un hermoso papel en la Exposicion universal de bellas artes. Sus pocos y contados cuadros atraen la atencion general desde el primer momento; y si el vulgo se apiña ante estas obras como ante otras de efecto bastardo, aunque seguro, tambien se apiña al rededor del vulgo la masa de personas inteligentes y peritas que aplauden sin reserva en el salon, en los periódicos y en las correspondencias públicas.

El viajero español que al visitar el museo de Burdeos recientemente enriquecido con la magnífica galería Dufour-Dubergier; el viajero español que al visitar los museos de París recientemente enriquecidos con la soberbia galería Campana; el viajero español que al visitar los museos de Lóndres recientemente enriquecidos con los donativos extraordinarios de todos los ingleses, ve el culto, la admiracion, el entusiasmo con que se exponen las obras de Zurbarán, el pintor de lo profundo; de Murillo, el pintor de lo santo; de Ribera, el pintor de lo fuerte; de Velazquez, el pintor de lo irrepresentable, y conoce desde lejos cuáles son los cuadros de su pais por la magnitud de los grupos que los cercan; el viajero español, decimos, no pierde esa agradable y patriótica emocion al visitar tampoco las galerías del museo contemporáneo de Kensington. Hemos titubeado mucho y meditado bastante antes de sentar la atrevida proposicion que vamos á emitir; pero el deber y la justicia, que no el patriotismo ó el amor propio, nos aconsejan consignarla: — España es la nacion mejor representada en las galerías de bellas artes de Lóndres.

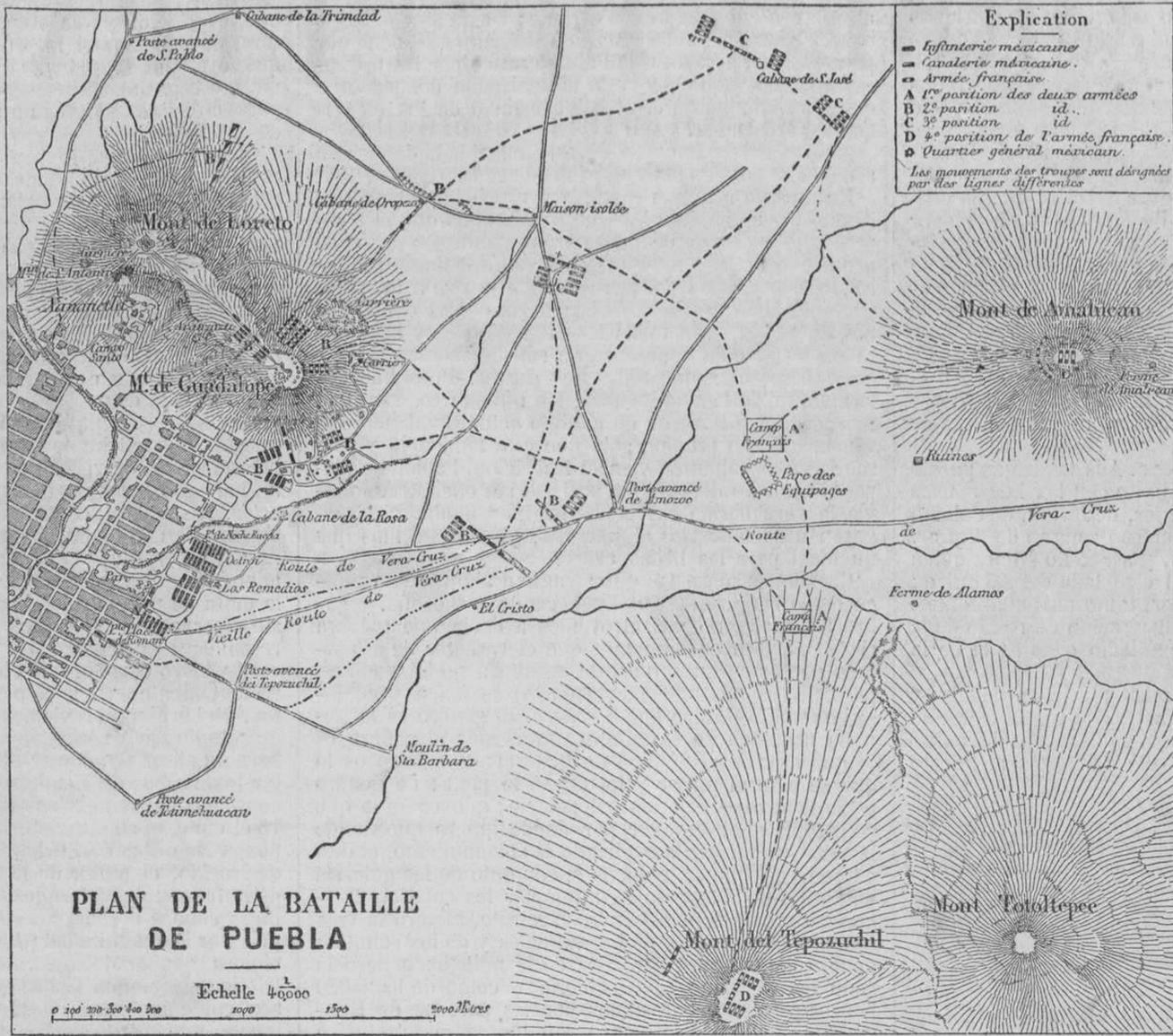
No quiere decir esto que consideremos sus cuadros los mejores; no quiere decir tampoco que las demás naciones estén mal representadas: lo que quiere decir es que su pensamiento es el mas puro, su tendencia la mas saludable, su giro el mas provechoso, su presente el mas artístico, su porvenir el mas evidente y consolador. España muestra estar menos inficionada que las otras naciones del mercantilismo del arte; anuncia que sus jóvenes pintores estudian los gloriosos modelos de su historia artística, desdeñando hasta donde es posible el realismo grosero de la materia; España hace presente con pocos, pero buenos modelos, que sabe aprovecharse de la instruccion de hoy para amalgamarla con el genio de ayer; que mira al porvenir sin olvidar las tradiciones del pasado; que no cree necesario establecer solucion de continuidad entre lo bueno que admiraron nuestros padres y lo bueno que deben admirar nuestros hijos. España dibuja, España compone, España entona; y sin embargo España no incurre en la torpeza de copiar lo dibujado, compuesto y entonado antiguamente, ni en la extravagancia de dibujar, componer y entonar de una manera reformista que puede entretener á los ojos, pero que no contenta al entendimiento. Por eso España es apreciada por los inteligentes, visitada por el vulgo, encarecida por los que escriben y recompensada por los que premian. Por eso nosotros estamos tan contentos del papel que nuestra patria representa en la Exposicion de bellas artes, y por eso autorizamos á los pintores, siquiera la autorizacion emane de potencia harto débil, á que estén orgullosos por haber contribuido con sus obras á esta verdadera gloria de la nacion.

Los treinta y un cuadros españoles que aparecen colgados no revelan ciertamente la fecundidad por su número (de lo cual tendremos ocasion de quejarnos en la carta próxima); pero revelan la fecundidad de los géneros y de los pintores, porque abrazan toda la extension del arte pictórico.

La pintura sagrada representada por Montañés en su Samuel; por Madrazo (don Luis) en su Santa Cecilia, y por Lozano en su San Pablo: la pagana exhibida por German Hernandez en su Sócrates y Alcibiades, y por Casado en su Semiramis: la histórica, mostrada por Gisbert en sus Comuneros y Príncipe Don Carlos; por Casado en sus Carvajales; por Cano en su don Alvaro de Luna, y por Manzano en sus Reyes Católicos: la de paisaje, sostenida por Haes en su Campo de Andalucía, y por Marti y Alsina en su Campo de Cataluña: la de género dramático, presentada por Manzano en su ¡Adios para siempre! la de género cómico, remitida por Fierros en su Muñeira, y por Martínez Espinosa en sus Gallegos de la Virgen del Puerto: la de retrato, representada por Lopez (don Vicente) en su Canónigo Varela; por Fierros en su Moratin, y por Bayer en su Señorita: la bucólica mostrada por Mirabeut y por Meusaque en sus Flores y Frutos: y por último, la arquitectónica, expuesta por Gonzalvo en su Catedral de Toledo y en su Claustro de San Juan de los

Reyes y por Tomé en su Interior de San Isidro.

Todas estas obras y algunas mas que la memoria ha podido perdernos, así como las de Maella y Goya, que con mas gloria que oportunidad se han sacado al público, revelan, como decíamos, que España sin desdeñar los géneros, cultiva en todos lo que considera digno de cultivo, y por el camino y modo mas en armonia con los progresos del arte. Esta ha sido la verdadera muestra de fecundidad que los inteligentes han alabado y que coloca en tan buen puesto al arte de nuestro país. ¡Lástima que á un tan bello ramillete no se hubiese reunido lo mucho bueno que falta, y lo mucho excelente que sin saber nosotros por qué ha dejado de procurarse! Porque España necesitaba exhibir, á la vez que el fruto de sus jóvenes, el fruto tambien de los maestros, como han hecho las demás naciones, y sobre todo necesitaba número, que aun cuando mediano, abrigase y coleccionase lo mejor, para que la magnitud del conjunto no arrinconara, como ahora sucede, las obras españolas en los sobranes de galerías extranjeras.



Plano de la batalla de Puebla.

do generosamente á su ciudad natal, es para esta un recuerdo tanto mas precioso cuanto que simboliza el destino del edificio.

El artista ha sabido dar al conjunto del monumento ese sello particular que recuerda la época en la que vivió Schöngauer.

La estatua tiene esa postura serena y reflexiva, esas líneas severas y suaves á la vez que dan vida á la piedra. Schöngauer está representado examinando la prueba de una lámina que tiene en la mano. A sus pies, acompañando al artista, se agrupan cuatro estatuillas que personifican sus ocupaciones favoritas: la pintura, el grabado, la cinceladura y el estudio.

La obra de M. Bartholdi ha figurado en la última exposicion de bellas artes que ha habido en París, donde mereció los mas lisonjeros elogios.

Para completar esta corta noticia, añadiremos que el pedestal, dispuesto en forma de fuente gótica, concurre á dar al conjunto un aspecto original que cuadra perfectamente con el carácter antiguo del edificio donde próximamente se hará la inauguracion de la estatua
CII. G.



Estatua de Martin Schöngauer en Colmar.

Si hoy pocas y mal colocadas gustan tanto, ¿qué hubiera sucedido reuniendo muchas y exponiéndolas espléndidamente?

Dentro de pocos dias lo diremos.

(Se continuará.)

La estatua de Martin Schöngauer.

Martin Schöen ó Schöngauer, que vivió en Colmar á mediados del siglo XV, pertenecía á la falange de artistas colocados en el umbral del renacimiento, cuyas obras, no obstante el sello de las tradiciones de la edad media, acusan ya una tendencia marcada hacia la transformación poderosa que inauguró el arte moderno. Se ve como decae la línea severa, bajo la cual se diría que desaparece el elemento material para dejar todo su valor al espiritualismo cristiano; es la resurreccion del sentimiento de la forma realzado por el elemento ideal. Schöngauer, a quien llamaban sus contemporáneos *Hübsch Martin*, el *bello Martin*, resumía bajo tres aspectos diferentes el culto de lo bello. Pintor, grabador y cincelador, era uno de los adeptos mas estimados de la antigua escuela alemana, que contaba tantos talentos, y al frente de la cual figuraba Alberto Dürero, cuyo nombre se considera como la personificación del arte en aquella época.

No se sabe de un modo fijo ni la fecha ni el lugar del nacimiento de Schöngauer. Unos dicen que nació en Ulma, otros en Amberes, en Augsburg y en Colmar, entre 1420 y 1445. En el registro de los aniversarios de la parroquia de San Martin de Colmar, consta que murió en esta ciudad el 2 de febrero de 1488.

El museo de Colmar, que lleva su nombre, posee una série de diez y seis cuadros pintados en tabla sobre fondo de oro, que representan la Pasion de Jesucristo, varios de ellos atribuidos á Schöngauer, y todos de su estilo y escuela. Estos cuadros, que constituyen una coleccion preciosa por mas de un concepto, provienen de la antigua iglesia de los dominicos de Colmar. No menos célebre como grabador que como pintor, Schöngauer ha producido estampas notables, cuyos ejemplares rarísimos en el dia se disputan los aficionados y las colecciones públicas. Una de estas estampas se vendió hace algunos años en París por la crecida cantidad de 1,200 francos.

La estatua cuyo dibujo damos, está destinada á adornar el peristilo del claustro gótico del antiguo convento de Unterlinden, donde se encuentran reunidos el museo, la biblioteca y los archivos de la ciudad de Colmar. Esta nueva obra, que M. Augusto Bartholdi ha regala-

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 20.

- | | |
|-----------------|---------------|
| 1 P 4ª C | P 2 pasos (a) |
| 2 P 5ª A | P 1 paso |
| 3 R 6ª Ra | P 1 paso |
| 4 C 5ª R jaque. | R juega. |
| 5 P 3ª Ra mate. | |

- | | |
|-----------|----------|
| (a) | P 1 paso |
| 2 R 6ª Ra | P 1 paso |
| 3 P 5ª A | P 1 paso |
| 4 G mate. | |

PROBLEMA NUM. 21, POR WORMALD.

NEGRAS.

